

Para la mano izquierda

Cuentos

Iliana Godoy

PASO DEL NORTE

A Irma Romero

Lo abierto fluye. Puertas y cicatrices son ficticias, provisionales. Muerte, vida, erotismo, avanzan sin compuertas y para defendernos a veces sirve tender un puente.

- ¿Ya fueron al *Open*? -preguntaban los chavos en Ciudad Juárez-; dicen que era un restaurante español, pero ahora sólo un letrero parpadea *OPEN* a la entrada. Lo importante de esa disco es el cantinero que le hace al mago. Su show es pasaporte para empezar la noche.

Del chaleco acharolado le cuelgan mangas blancas y las manos, muy sueltas, cobran vida propia, saltando entre botellas, hielos y limones. Todos piden cerveza, pensé, después de ordenar tequila.

Shining leather, himno del *Underground*, filtraba lentamente su sadismo de luz negra en la piel espectral. Hay marcas ocultas que son el signo de quienes tocan fondo. Provocan que las carencias se ostenten y asciendan, pavoneándose en la memoria, ataviadas de lujo cortesano: *blue velvet*, cuervo al hombro, *never more*.

Personaje del cine de los cuarenta, el veterano mago movía un abanico de navajas, las ensartaba dentro de su boca, mordía vidrios rotos. Escamoteando sangre, la quilla de la noche encallaba en mi grito. Con gestos de *clown* tomó mis manos y me colocó en las palmas cuatro o cinco trozos de esponja sucia. Cerrándome los puños con el dorso contra la barra exhibió en mis muñecas señales de secretas muertes. Puso en suspenso su sonrisa dibujada, dijo la frase clave, y apenas abrí las manos la boñiga se aglutinó y saltó en erección descomunal. (¿Qué tanto puede transformar un mago?) *I'll be your mirror*, vaticinaba el sonido *Velvet*.

Sobre el brillo del mostrador, incapaces de sonrisa, flotaban degollados por un machete de cristal rostros tensos, oscuros, de chicanos madreados por el Norte.

Visados por el mago salimos a seguirla de bar en bar. Pedregosas, rebeldes contra el polvo alardean las calles, con su chingaquedito de fritangas. Aquí y allá los bares de *Juaritos* a cualquiera le hilvanan la noche muy parejo. Yo buscaba perderme, aturdirme, quizá nacer de nuevo.

En el *Hawai* los machos se lucen como putas y las putas se la juegan como machos.

Junto a la barra los bien dotados apoyan los codos, flexionan la rodilla, giran exhibiendo dibujos orientales en sus camisas negras, y se acomodan a golpe de vista la tejana del estreno.

El primero fue el gringo. *You are very sexy* cosquilleaba en mi oído. Bailando suavemente, se bebía la miel de mi cabello y saboreaba mi piel como si fuera mantequilla sobre waffles. *You are so sweet*, le dije, mientras me servía el final de la cerveza, que todavía llenó el vaso con su espuma, ante el asombro del gringo: *Oh shure, you are so sexy* repetía.

Mis amigos llamaban la atención bailando muy juntos, con los ojos cerrados; parecían la boda de Chagall levitando sobre *Los Tigres del Norte*. Bendito Díaz Mirón: *Hay plumajes que cruzan el pantano....*

Sopesaba la idea de irme con el gringo cuando se acercó agachado un indio muy borracho que olía a mezcal y embarraba en mi cuerpo su humor viscoso. Se me reveló uterino el fondo de los corridos narco. Al terminar dejan flotando un eco, algo como una estela de la Llorona.

Sentía punzarme el pulso en todo el cuerpo. Ávidas de sangre, las heridas recientes despegaban sus labios y lo no consumado volvía a su monólogo obsesivo. Tuércele el cuello al cuervo. *Nevermore*.

La tercera es la vencida y el norteño apareció. Con brusca galantería, sin mirarme, inició el baile. Me sentí confinada en el empaque férreo de sus brazos. Entre una y otra quebradita me iba ajustando el cerco. Escudriñé por encima de su hombro, por encima del mío, y ni rastro del cuervo. Liberó dos botones de su camisa sedosa y el sudor fue un relámpago entre el follaje oscuro de su pecho.

Mi lengua fue en busca de agua y sal; lo lamí largamente y él sudaba viril y generoso. Insistió en que nos fuéramos al *Camino Real* de El Paso; al fin había cobrado buena lana de la maquiladora, me decía.

Besaba bien pero con demasiada fuerza, como si nuestras lenguas entraran y salieran de compuertas herméticas.

Tienes las manos ásperas, le dije ya en el taxi, émbolos cachondos que penetran infalibles y encuentran el disparador preciso.

-Hasta aquí llegamos - interrumpió el taxista -; nomás cruzan por el puente y a dos cuadras encuentran el hotel.

Nunca imaginé que desde arriba el río fuera una herida infecta. Me detuve a medio puente, a esas horas vacío; se veían desde lejos las siluetas altivas de la ciudad texana y del lado mexicano parpadeaban miedosas las luces de *Juaritos*. El viento frío erizaba la piel. Si comienzo a dudar, aquí me tiro, sobre la cicatriz sedienta del cemento. Cógeme por atrás, oí que dije, pegando el rostro a la alambrada. Su martilleo me ensartó contra el metal en un placer vertiginoso.

Cuando llegó la migra nos habíamos venido gloriosamente sobre el escupitajo de la frontera. Bien valieron la pena los dólares y el susto. Averigüé que a él también lo habían soltado. Nunca supe su nombre, ni el del mago.

Amanece en El Paso. Por fin atravieso el puente. Tomaré el desayuno antes de regresar a México. Me siento libre, liviana.

Interrumpe el recuento de la noche mi ingreso al lobby del *Camino Real*, con su murmullo en inglés ahogado de alfombras. Un aroma exquisito a café me conduce a la mesa íntima y luminosa.

Todo asume su dimensión. Siento la masa de mis senos en su lugar y nada me estorba entre los muslos para contener a un hombre. Recibo su semen desde un adentro desconocido.

Saco el maquillaje y el pequeño espejo de mi bolso.

Al fin soy yo, recién nacida después de tanto hospital. La depilación luce perfecta aun de día y el norteño gozó sin la menor sospecha. Adiós postizos y rechazos. No hay en mi cuerpo un sólo indicio equivocado. *Nevermore* *.

RIESGOS DE LA ACADEMIA

Tolsá, la Virgen de Guadalupe, el águila imperial, la escalinata, en fin, el homenaje en el Palacio de Minería.

Al atravesar Tacuba, la escritora sintió sobre su cuerpo una mirada certera y minuciosa, luego vinieron el saludo convencional y el comentario absurdo

-La vi tan guapa cruzar la calle, ¿me permite acompañarla?

Una risa perversa empezó a germinarle por dentro. Sería divertido llegar al ambiente de la crema y nata de las letras, perseguida por aquel faldero incontenible.

-Los viernes son para alivianarse. Anímese, yo la invito.

-Eso del reventón será para otros; yo voy a algo muy aburrido, deveras, gente solemne, discursos. Pero si insistes -burlonamente- la entrada es libre.

-Yo te espero las horas que tu quieras, mamacita.

Atravesaron el patio Neoclásico y vacío. Ella se dirigió al baño, saludó a una amiga de su generación que se veía bastante maltratada, después se miró al espejo, y sin pensarlo más se decidió.

Él era militar, venía del norte, no conocía la ciudad (cuantas mentiras conmovedoras).

-Voy a subir al salón, tú después entras, y no se te olvide que no me conoces; yo me las arreglo para que luego nos vayamos, ¿entendiste?

-A la orden mi general.

Oh, la dorada consagración, el dibujo idealizado de infancia y adolescencia, la magia de la literatura, el destino casi heroico de los artistas. Y el sardo cada vez más impaciente ante ese México de biblioteca que se había acomodado en la abundancia, mientras él y su gente se madreaban en la sierra o resistían sin chistar el tedio del cuartel.

¿Qué hacían esos profesores trepados en el altar de una capilla, junto a la Virgen de Guadalupe? En cualquier pueblo los hubieran echado por sacrílegos. En vez de Anunciación decían enunciación y cosas por el estilo.

Terminó el acto y ella discretamente se salió antes del besamanos, pretextando jaqueca.

En el Café México, un café cuesta lo que unos chicles, y debajo de la mesa se puede comenzar a correr la mano.

Después a Garibaldi.

-Traigo coche, tú manejas. Pobre de ti si me fallas.

-Yo cumplo órdenes y tú me condecoras, mamacita.

Por lo menos tenía humor el soldadito, pensó ella.

El Tenampa anticipaba la peor cruda. José Alfredo lloraba tequila en un mural deplorable.

¿Qué será más ridículo? la solemnidad recién interrumpida, o este manoseo suplicante, se preguntó a sí misma, huyendo de la escena.

Intermedio de risas y mariachis.

La cuenta, y estaba hecho.

Media cuadra, un discreto empujón, tres billetes, el cuarto veintidós, la cama, una cómoda con televisión, y el bidet en primer plano. Todo olía a jabón palmolive con fondo rancio.

Se dijo algo para exorcizar el sida. Tres segundos de preámbulo y “es toda para ti mi reina”.

La sensación denoeraparata tanto se mezcló con Zabludovsky en la T.V.

Medias y calcetines de nuevo, ni modo, mañana hay que chambear, vámonos pues.

Despedida y teléfono falso.

De regreso a casa, sin siquiera un orgasmo a su favor, asomaron a sus ojos dos gotas de fuego. La voz de Amparo Ochoa entonaba en la radio la canción *esto de jugar a la vida... es algo que a veces duele*.

ARREPENTIDO

Tú no serías capaz; ella lo hizo, para que lo sepas: lo haría todo por mí. Yo no quería ese hijo, y ella entonces, se lo dejó sacar: pedazo a pedazo sanguinolento, gritando de dolor y sin dejar de mirarme; todo por mí, lo oyes. Nunca la voy a abandonar, y ya no sé ni a qué vine contigo. Ella en el hospital con fiebre del aborto, y yo aquí en Acapulco, siguiéndote la calentura.

BAÑOS DE PUREZA

¿Y si Netzahualcóyotl, el Rey Poeta, además de los rituales que suponemos, hubiera improvisado orgías en los famosos baños de las alturas de Tetzcutzingo?

Viéndolo bien el sexo también es cosa de guerreros; en esas lides todo se vale.

-Yo soy muy leal, muy derecha, pero hay momentos... -sostiene Silvia cuando Ana le confía sus escrúpulos de buscar un amante ante la indiferencia, peor aún, la rutina de Ramiro.

Ambas coincidían en que estudiar arqueología era una forma de eludir el presente y generar un tiempo acorde con el mito. La brocha que hace aparecer las inscripciones en la piedra no daña el trazo ni estorba la evasión.

Ana no se explicaba el interés de su amiga en los baños de Netzahualcóyotl, pudiendo ir a Cacaxtla o a Xochicalco a tomar fotos. Y es que en Texcoco y sus alrededores se respira un aire salitroso. Las voces suenan huecas, deshilachadas, como el ramaje de los ahuehetes que penosamente sobreviven.

Al llegar a Tetzcutzingo hacía tanto calor que quisieron refrescarse cuanto antes en el balneario de San Miguel Tlalmina, al pie del sitio. Cerros cubiertos de hierba seca, nopales y cactus brillantes rodean las albercas, donde una ensordecedora música grupera aturde a los lugareños que chapotean metidos en camisetas y anticuados trajes de baño. Hombres maduros enseñan a nadar a sus sobrinas; los chamacos, puro nervio, se zambullen de un brinco y salpican a quienes, indecisos, sentados en los bordes, sumergen los pies para calar el agua.

Al poco rato Ana protestó.

-¿Por qué en vez de tiritar en agua helada no vamos de una vez a lo que vinimos, a los famosos baños?

-Mejor alza la vista hacia tu izquierda y me dices qué te parece ese ejemplar...- repuso Silvia.

Posado en el sitial de salvavidas, el Caballero Águila tendía a lo lejos una mirada de horizonte. Su musculatura se perfilaba recia contra el cielo límpido. La cabellera oscura flameaba sobre un rostro impassible, desplegando al viento los naipes de algún designio oculto. Cuando Ana se sació de contemplarlo en su

postura de Pensador, él, de pronto, se irguió mostrando la orografía perfecta de su pecho y su vientre bien marcado. La breve trusa dejaba ver las márgenes pálidas del sexo y una línea de vello bajaba desde el ombligo.

-Está para comérselo- fue el comentario de Ana.

Silvia veía iniciado el cumplimiento de su plan: la rehabilitación del tedio en que se había sumido su amiga durante meses. Armó todo para propiciar el encuentro con Mauro y se puso de acuerdo con él para que los tres subieran al cerro. A distancia, Ana los miraba interrogante.

Les fue difícil arreglarse como querían en aquel vestidor con espejos percutidos y sin enchufes para las secadoras; al perfumarse impregnaron el ambiente de exclusivo Paloma Picasso, que Silvia, previsora, había traído; curiosas, las observaban niñas que se cubrían las tetitas nacientes con toallas viejas; las señoras, que fajaban con dificultad sus carnes abundantes, pretendían ignorarlas.

Mauro esperaba a la salida, enfundado en unos jeans que destacaban el estrecho y redondeado trasero; su camisa sedosa ondulaba al viento, ciñendo el torso largamente admirado. Cuando las vio venir recogió su cabellera en una espesa cola de caballo. La mancha húmeda bajo su axila liberaba una oleada de vetiver mezclado con sudor.

Por el cerro crujiente de resina Ana ascendió en una especie de levitación. El relajamiento del agua fresca, y sobre todo la mano silenciosa, siempre dispuesta en los trechos difíciles, la inducían a una embriaguez casi olvidada.

Silvia se adelantó a propósito, para dejarlos solos.

(No te hagas ilusiones, a un galán como éste se le derriten a cada rato bombones de veinte años, pensó Ana, cuando vio que la invitaba a entrar en una cueva. Ha de querer enseñarme algo, tal vez un nido de murciélagos, por si acaso prepárate, se dijo.)

Como cumpliendo un deseo, su fuerza la atrajo en un abrazo a la profundidad helada de la cueva; allí le dio a saborear su lengua metálica: las manos atropelladas y certeras dispararon los brotes del placer. Jadeante, apenas pudo bajarle el cierre, luchando con su erección poderosa, y tras frenéticas caricias

bebió su semen. Salió y corriendo alcanzó a Silvia; la intensa emoción la agitaba más que la empinada cuesta.

Desconectado, silencioso, Mauro las dejaba atrás y se detenía en cada poza, como recreando con su presencia la majestad del Imperio Texcocano.

-Se cree Netzahualcóyotl vuelto a nacer -soltó con sorna Silvia-, y al saber que venimos a tomar fotos, como quien no quiere la cosa, está posando.

-¿Tú crees? No estará molesto –contestó Ana, insegura-

-Está de pose, te digo, como si escribiera poemas filosóficos, te acuerdas:

si es de oro se rompe;

si es de jade se quiebra...

-No seas cruel.

-Y tú ya bájale a la solemnidad; está bien que esté muy cuero, pero no le sigamos alimentando el ego. Nada más falta que caigas a sus pies.

-La verdad, ya caí, amiga. ¿No es eso lo que se esperaba en este teatrillo?

-No, pendeja, lo que sigue es que le des cuerda a su mitomanía para que te lo cojas y pierdas el miedo.

-Cómo puedes ser tan cínica; te envidio.

-Lo que yo quiero es que seas feliz y te quites las telarañas de la cabeza.

En lo más alto del cerro, con una vista magnífica, la sucesión simétrica de taludes marca el lugar sagrado. Mauro, sin titubear escaló la estructura, atraído por una fuerza capaz de empotrar su cuerpo en la piedra ancestral.

Ana no resistió fotografiarlo. Después lo vieron alejarse, siguiendo los senderos marcados por piedras alineadas, en tanto ellas buscaban detalles hidráulicos y descubrían en la roca canaladuras que conducían el agua del deshielo.

Las dos amigas (¿qué tan íntimas?) se sentaron al fondo de una poza profunda que debió ser colectiva. Las banquetas calientes excitaron a Ana recordándole la piel de Mauro; sin darse cuenta deslizó su mano bajo el pantalón. Al sentir en sus ojos la descarga de erotismo, Silvia se levantó la playera, liberó sus senos turgentes, más claros que el resto de su piel, y comenzó a acariciarlos; mientras se erguían sus pezones una gota de sudor se deslizó despacio por en medio, Ana la recogió y se llevó a la boca aquella sal desconocida. A falta de macho, Silvia

cabalgaba sobre un sillar derrumbado; su jadeo terminó en un grito ronco. Ana en cambio no lograba venirse; de pronto aterrizó en lo extraño del trance y detuvo el movimiento rítmico de su cuerpo, pero Silvia no iba a dejarla replegarse después de aquella provocación y le mantuvo la mano bajo la ropa mientras se las arreglaba para excitarla, pasándole la lengua por el cuello, al tiempo que murmuraba a su oído:

-Tócate más, excítate, déjate ir, amiga. Ya se sabe que la verga es la verga, pero podemos tener un capricho de vez en cuando.

Cuando salieron el objeto del deseo se había ido sin despedirse. Descendieron en silencio y en el coche Ana rompió el hielo.

-Mira Silvia, te debo confesar que Mauro y yo...

-Ya lo sé, te habrá cachondeado hasta ponerte como te puso, ¿no es cierto?

-Cállate, todo lo vulgarizas y lo echas a perder.

-Tienes razón, allá tú. A veces no te entiendo, pero para eso somos amigas.

-Ya que lo mencionas, quiero que olvidemos lo que acaba de pasar. Es absurdo.

-A mí no me asusta, pero si quieres...

-¿Amigas?

-Para siempre.

El trayecto desolado de Texcoco a México fue el lienzo donde Ana proyectó paso a paso la acuarela de futuros viajes con Mauro para explorar con él las intrincadas selvas de parajes aislados como Río Bec y Chenes, atestadas de restos arqueológicos adonde nunca se atrevió a ir sola. Se lo imaginaba fuerte, machete en mano abriendo camino, seguramente conocedor de plantas medicinales y sin duda un maestro en recursos de supervivencia. Prefiguraba las noches en tienda de campaña o en hoteles perdidos, donde volvería a sentir la excitación voraz que la arrastró en las entrañas del cerro.

Lo siguió buscando en el balneario. Para enseñarle su mundo él la invitaba a comer escamoles en un restaurante típico con murales naive de los edénicos lagos custodiados por la Virgen de Guadalupe.

Mientras alardeaba del orgullo de su raza, Mauro le confió sus ambiciones de triunfar en Estados Unidos como empleado de seguridad privada; el problema era que no tenía cartilla. Tal vez su nueva amiga lo ayudara a conseguir el pasaporte.

-A los solteros jóvenes nos la hacen más cardíaca en Relaciones Exteriores -se quejaba. Ella, discreta se adelantaba con la Mastercard, cuando él, caballero, intentaba pagar la cuenta.

Sin saber cómo, Ana sucumbía a la seducción alimentada sólo por el físico de Mauro; cuanto más derrapaba la plática en banalidades a ella más le crecían las ganas:

-Menos mal que yo salí el más clarito de mis hermanos. Vieras como se acomplejan.

-Si están tan guapos como tú no tienen de qué preocuparse.

-Es que yo me iba a jalar al gimnasio desde los dieciséis y tuve muy buenos instructores.

-Ni hablar. Eso se nota.

Ana se humedecía al apretar sus músculos morenos y calientes. Era desconcertante que después del encuentro explosivo de la gruta el contacto físico se hubiera reducido al beso en la mejilla. Ella lo hacía que manejara el auto y aprovechaba para acariciarle el pelo; él sonreía. Alguna vez le puso la mano en la entrepierna sin lograr encenderlo.

Así andaban las cosas entre la maestría y las escapadas a Tlalmina cuando Ramiro pidió el divorcio.

-Digno de celebrarse- fue el comentario de Silvia, que propuso brindar por la liberación en el Chippendale.

Cierto que se había alterado la comunicación entre ellas, en parte por Mauro y en parte por el equívoco de los baños, pero la vida las unía: ahora iban a ser dos arqueólogas divorciadas.

Desde las nueve aprovecharon la barra libre nacional que anuncian esos antros. Entre uno y otro vodka tónico se avivaba la charla.

-Lo del divorcio se estaba tardando, y tú lo sabes.

-Sí, pero no es tan fácil.

-La ilusión del nuevo romance te va a alivianar, no te preocupes.

-Y por cierto, quería preguntarte de dónde conoces a Mauro.

-No lo conozco, lo he visto dos o tres veces, celosa; pero como a ti sí te conozco y veo que estás encarrerada con el galán, mejor ahí muere.

-No empieces con tus misterios, Silvia.

Cuando menos pensaron las mesas estaban llenas de mujeres de todas edades y comenzó el show.

-Levanten la mano las del cumpleaños...

-Y las despedidas de soltera...

-Y quienes se liberan del yugo...

Ana se negó a pasar a la pista y entre varios strippers la levantaron para hacerle rueda y embestirla todos al mismo tiempo.

-Esta no te la perdono, condenada- protestó riéndose.

-Qué gran noche nos espera, amigas- prometía el conductor.

El primer número fue una parodia de Michel Jackson rodeado de bailarines disfrazados de alienígenos.

-No te preocupes, ahora viene lo bueno, prometió Silvia al ver la expresión de su compañera.

Bajaron las luces y salió a escena *El Capi*, con uniforme azul y blanco, impecable y marcial. Bajo la gorra se recogía una melena rubia alisada con gel, y el saco marino, hábilmente entreabierto, revelaba su cuerpo atlético y bronceado; un vello suave y cobrizo le cubría pecho y brazos, adornados con cadenas.

Cuando finalmente exhibió la pequeña tanga celeste, Silvia levantó su vale fosforescente. El galán se aproximó, le separó las piernas y se clavó mientras le besaba el cuello y los oídos. Prendida por el cachondeo Ana frotaba su pierna a la del güero, cuyo sudor le salpicaba el rostro.

-¿Qué tal te quedó el ojo?

-Lo más sexi era el vello rizado de ese chavo. Y cómo se movía. Tenías razón; me estoy divirtiendo en grande. Me hacía falta.

-Ya ves, no hay que encerrarse en el indigenismo, aunque por ser rubia es natural que te guste lo autóctono.

-Y tú por ser morena te quedas con el vikingo y no compartes ¿verdad?

-Yo contigo lo comparto todo, ya lo sabes. Verás qué bien la vamos a pasar ahora que te liberes.

Y diciendo esto Silvia levantó la mano y le compró un vale rojo a su amiga.

-Para cuando salga uno de tu tipo.

Siguió el desfile de strippers: *El Zorro*, *El Ejecutivo*, cada uno con su atuendo característico, su música y su baile. Ana se reservó hasta que salió *Simbad*.

Carita, macizo, no muy alto, taconéo con sus botas, arrancando reflejos a su arracada de oro. Al ritmo del rasgueo desabotonó su camisa de seda, para descubrir un pecho apiñonado de líneas suaves, casi adolescente. Bajo la tanga de piel negra destacaba un bulto nada despreciable.

Se aproximó despacio a la mesa de Ana, se arrodilló a sus pies y la atrajo en un beso de película. Luego se incorporó y se fue acomodando poco a poco sobre ella, haciéndola estrujar la firmeza viril de sus nalgas.

Ya avanzado el show el conductor anunció el plato fuerte de la noche. Nada menos que el *Azteca de Oro*.

Al verlo salir Ana casi se desmaya. Inmediatamente se puso los lentes oscuros. Se aferraba a la esperanza de que bajo el antifaz no estuviera el rostro de Mauro, pero el cuerpo no dejaba dudas. Era él, y entre movimientos de un erotismo brusco lo vio desnudarse, soltarse el pelo y exhibir el trasero ante la concurrencia que aullaba a coro: ¡quiero, quiero!. Cuando se quitó el antifaz, Ana ya estaba en la puerta; Silvia pagó rápidamente y salió tras ella.

Corría desesperada por Insurgentes y la alcanzó con el auto.

-Estás loca. No creí que te afectara tanto.

-Imposible que Mauro sea uno de éstos. No es cierto.

-Es sólo un gigoló con delirio de grandeza.

-No es justo, estoy tan sola. ¿Para qué todo esto?

-De todos modos te ibas a enterar y entre más tiempo, peor.

Ana seguía llorando cuando llegaron a casa de Silvia, que argumentaba:

-No puedes irte así. Nada más falta que enfrentes a Ramiro en estas condiciones. Ven, te daré un calmante y todo saldrá bien.

Al otro día en el desayuno Ana se decidió a desenmascarar a Mauro. Lo denigró y se burló de sí misma como si no hubiera nada rescatable en su deslumbramiento.

-Estás haciendo un drama- la animaba Silvia-; trata de entender su fantasía. Ese medio tan triste; cualquiera sueña con sentirse el gran tlatoani, y más si encuentra a una señora como tú.

-No lo disculpes, no tenía por qué entraparme; yo decido si lo acepto, y creo que lo puedo aceptar como es.

-Pues ve y díselo, tonta.

Lo citó en su terreno, un restaurante japonés de los caros. Ahora vería el stripper con quién se había metido. Una mezcla de ira y miedo hacía temblar sus manos cuando lo vio sentado en una mesa del fondo.

-¿Qué andabas haciendo anoche?- le preguntó sin darle tiempo a nada.

-Sólo fui a abrir los ojos para darme cuenta lo idiota que he sido. Cómo he perdido el tiempo sin preguntarte el precio.

-¿Tú crees que es fácil? Estoy harto de ese ambiente, de las despedidas de soltera y las niñas hipócritas y calientes.

-¿Y yo qué soy, una ingenua metida a redentora, haciendo méritos para merecer siquiera un beso?

-Tú eres mi oportunidad para dejar todo esto. Yo sé que con tu apoyo puedo ser un modelo latino de nivel internacional, un Antonio Banderas mexicano, pero tienes que dedicarte a mí en cuerpo y alma y no volver a espiarme mientras te dejas manosear por otros en mis narices.

-Ahora recibo lecciones de moral. Es increíble. Oye, ¿me crees tan tonta de mantenerte para que tú sigas padroteando?

-No te hagas la santa, bien que sabías por Silvia lo del Chippendale. Las mujeres de ahora ya no respetan nada; como ganan dinero, hasta hombres andan comprando, las muy putas.

-Mejor dejemos las cosas de ese tamaño; los dos nos equivocamos.

Ana lo miro en silencio terminar de comer sushi, porque a ella se le había cerrado el estómago y sólo bebía sorbos de agua mineral, ansiosa de que

concluyera pronto la escena absurda.

-¿Regresas a Texcoco?

-Acércame a Observatorio, si tienes tiempo.

La Terminal Poniente es la más sucia. De ahí salen peregrinos para Chalma, se aglomeran mujeres y niños mazagua, cargados de huacales, y duermen en el suelo artesanos que regresan a Metepec y Tianguistenco.

Entre toldos grasientos no se distingue la entrada del pasaje.

A vuelta de rueda, los vendedores casi se meten al auto, ofreciendo refrescos, gorras y juguetes; el calor y los humos de fritanga apenas dejan respirar, pero al menos cubren el hedor de los tiraderos.

-Me bajo de una vez -cortó Mauro-; después te llamo.

Ana supo que no lo vería más.

No tardó la llamada de Silvia.

-Qué piensas hacer- le preguntó, como si adivinara lo sucedido.

-Irme a un hotel unos días y después rentar un cuarto, mientras se resuelve lo del divorcio.

-Necesitamos hablar; en cierto modo yo te metí en esto.

-Exageras como de costumbre, pero tienes razón, ya es justo que pongamos las cosas en su lugar.

-En el café de siempre a las cinco; ¿te parece?

-Nos vemos.

Y vaya que había cosas por aclarar, pensó Ana mientras hojeaba libros en la Gandhi. Veía por primera vez que Silvia estaba metida en cada detalle de sus cosas.

Antes de sentarse ya le estaba diciendo:

-¿Cómo te sientes? Aquí traigo el teléfono de un psicólogo amigo mío. Tiene tics pero es muy bueno.

-Ya basta de resolverme la vida, no eres mi madre.

-Es que necesitas ayuda; lo que te espera es muy duro, yo ya lo pasé.

-Que te hayas divorciado antes no significa que lo sepas todo. Quiero resolverlo a mi manera.

-Sabes qué, con los hombres se necesitan dos cosas: piel y cerebro. Por eso nunca funciona. Y nosotras somos muy distintas. Tú te divorcias por aburrimiento y yo porque mi marido era alcohólico.

-Es que no aguanto vivir con nadie. Ni yo misma me soporto. Quiero estar sola para tocar fondo, encontrarme a mí misma.

-Lo que te vas a encontrar es otro vividor.

-Tal vez, pero estás equivocada si crees que me enamoré de tu descubrimiento.

-¿Entonces?

-¿No viste cómo me pongo al excavar una tumba, al tocar un mural? Eso era Mauro para mí, pero tú te encargaste de quitarme la ilusión. Y ni te diste cuenta.

-Por lo visto la regué. Dame chance de enmendar la plana. Vente a mi depa mientras te organizas.

-Nada más eso faltaba. Meterme en la boca del lobo.

-Te lo ofrezco como amiga y te prometo no meterme en nada.

-Yo paso.

-La soledad es difícil. Cada quién se defiende como puede. Ya ves, yo busco el reventón para no pensar.

-En realidad llegué hasta donde quise en lo de Mauro. Quería tronar mi matrimonio. Porque estoy harta, sabes, harta.

-Bravo. Admiro que lo digas. Yo no me atrevo porque a lo mejor me pego un tiro. La vida es una mierda.

Camino a la pensión donde decidió quedarse Ana evoca la despedida de su príncipe azteca.

Como en cámara lenta lo evoca alejándose hacia la terminal envuelto en una tolvanera de febrero, de esas que se levantan para llenar el aire de basura. Flota al viento, como el primer día, su agitada cabellera negra, pero ya no es aquella brisa clara de montaña; es la ciudad inmersa en su tenaz opacidad que lo confunde todo.

La vida es una mierda, asiente Ana. Cierra los ojos y una bocanada densa la toma por asalto. *

VIAJES

Cuando se iban los padres de Ángel ellos humedecían trapos para sellar las rendijas del cuarto de azotea. Pronto la conversación se dislocaba y otra risa acechante asomaba tras cada escaramuza. El diálogo era un duelo taciturno por distraer al otro y lograr que perdiera la coherencia; cada quien a su modo lo sabía y renovaba el reto de improvisación contra memoria.

Colocar un reloj y una manzana sobre el buró era el inicio de uno de tantos juegos de ambientaciones mágicas. Fruto del pecado, tiempo de muerte. Ella deslizaba bajo la manzana los naipes del destino; él sumergía su reloj en un vaso para ahogar así el tiempo. Como si Ángel no existiera, ella movía las manos construyendo ciudades transparentes; él ensayaba pasos de danza frente al espejo. Las horas transcurrían en ritos silenciosos, interrumpidos sólo por jadeos lentísimos.

Esa noche cubrieron la cama de gardenias, y desnudos compartieron el humo boca a boca. Encendieron velas. Llovía y la ventana era un estanque donde flotaban flamas indecisas. Ángel se desplazaba embelesado en un ballet equilibrista.

Ofelia sumergía su cuerpo entre las flores; sólo dos señales rojas y una negra interrumpían la blancura. Mirándolo danzar, frotaba capullos semiabiertos en sus senos hasta deshojarlos contra brotes de granate.

-Eres una ciudad almenada de altas torres y fosos insondables-, recitaba su príncipe, mientras sumergía un botón en el umbral sombrío y se dejaba ir con su virilidad al rojo tras la flor macerada.

Gozaron lentamente cada pétalo desprendido en el cráter; no hubo una sola voz, sólo suspiros penetrantes; viento norte en el espejo clausurado. Se respiraba cera y palabras de sombra. Cuando abrieron los ojos la noche era un zafiro.

Ángel rescató el tenue resplandor de perfume; flores a manos llenas dejó caer en lluvia sobre Ofelia. Más y más flores chocaban con los cuerpos: primero

dulcemente, después con furia sobre el rostro y contra la ventana, mariposas reventadas estrellaban sin pudor su languidez enferma.

De pronto no eran flores sino objetos pesados que rompían los vidrios. Medio desnuda, ya en el jardín, Ofelia escuchó aullidos que al fin se ahogaron en un sonido sordo, de algo que cae sin elasticidad, como un costal de arena.

Fueron doce horas de agonía.

Ángel había sido muy ágil. Todos recuerdan que le gustaba sostenerse en el borde de una cornisa para inventar saltos mortales sin trapecio.

En sus sueños Ofelia reconstruye castillos imaginarios con las manos, torres de aire inútiles para ángeles en picada. *

ANTISOLEMNE

El compromiso era ineludible. Dictar la conferencia magistral en sustitución del maestro emérito recién fallecido.

Cómo se había dejado llevar por el alcohol, precisamente aquel día, en brazos del irrefrenable roquero de pelo largo y jeans que tanto la satisfacía en la cama.

- Ni modo, ya es muy tarde. A ver si con un baño de agua fría se me pasa. Es el colmo, se me manchó la blusa, voy a ponerme una de tus camisas.

- Nada de que ahí nos vemos. Ahora me acompañas. Así pasas las diapositivas y compartes la vergüenza.

Cuando llegaron al auditorio de posgrado, ella evitó los saludos y entró en materia lo mejor que pudo.

Al otro día no recordaba nada y con la cruda a cuestas llegó a la Facultad, puntual para su clase; iba pensando si la despedirían. Por el contrario, escuchó felicitaciones porque la conferencia había estado como nunca. Se quedó muda. Después de unos segundos dijo un tembloroso *gracias*, y se alejó confusa como nunca.

MEZQUITAL

Vuelvo a recorrer el convento vacío de Actopan, la loggia que da al huerto, deslumbrante claroscuro de molicie a las tres de la tarde. Senos, muslos de piedra son los peldaños de la escalinata. Al pie de la rotunda sucesión de arcos tiende la balaustrada su sombra muelle. Cae al estanque un higo picoteado de pájaros y se clava tenaz en mi memoria la mirada doliente del Santo del Mezquital.

Milagro fue -pienso ahora- salir con vida de la aventura que vivimos Pablo y yo en esta fortaleza feudal, vigilada por los demonios de la abstinencia, donde ruina y silencio infiltran su transgresión.

Ahora, acodada al pretil, mirando las ojivas de Actopan, revivo en abandono los recintos del orgasmo y soy toda devoción de la memoria.

No lo prohibido sino el hueco de una ausencia nos invita a deslizarnos sobre ondulaciones carnales de estuco. Se colma la mirada de óxido impalpable tras el abanico de los capialzados que recortan a distancia la maestría del paisaje. En las íntimas celdas un viento de raíces anuda los tobillos suavemente con frescura de plata y luna nueva para evocar la magia del recuerdo.

La noche ya lejana de aquel 3 de mayo nos resultó fácil a Pablo y a mí escondernos en la capilla De Profundis, entre arcángeles sin alas y santos degollados, facistoles y libros carcomidos. Un escalofrío de siglos lo embalsamaba todo con agonía de rosas en clausura y madera decrepita. Se escuchaban lejanos los petardos finales de la fiesta de Actopan. Esos jolgorios tristes de pueblo en que los compadres beben hasta caerse y algunos amanecen en la calle meados por los perros.

En la capilla Santa Lucía ciega, San Sebastián flechado, Santa Clara en su rueda de martirio, aguardaban pacientes ser restaurados o convertirse en polvo. De pronto, perturbados en su hieratismo, Pablo comenzó a moverlos y a darles vida, trasladándolos jadeante en brazos, de un lado a otro, en alucinada coreografía: "Hagamos el coro de estos farsantes", me incitaba:

*No más jugar sino inventar el juego.
Rechazar la limosna del espejo divino.
Por preferir el No,
transgredir lo absoluto,
acechar nuestra muerte y consumarla
frente a la envidia de Dios.
Por contraria espiral
descendamos ahítos del espasmo.*

Era un Génesis profano. Entre muros masivos, fosforescentes de cal nocturna, danzábamos al desnudarnos, colgando la ropa de los brazos solemnes y rígidos del santerío.

Sobre un sitial de frailes abrí a la noche mi hendidura lúbrica; espejeó entre mis dedos el umbral del gemido. Pablo me respondió dilatando con su lengua los cauces del placer. De pronto se detuvo y empuñando su erección me condujo escaleras abajo hacia la cripta.

Su embestida me derribó de bruces contra la frialdad del mármol y una brasa obsesiva, incansable, me incendió el vientre hasta el agotamiento. El jadeo y los gemidos borraron antiguos epitafios.

En duermevela, lo sentí desprenderse del abrazo. Su cuerpo atravesó el claustro con un resplandor lívido, y, al detenerse, las llamas de una hoguera rasgaron la telaraña de mi entresueño. Por fin logré alcanzarlo; la ropa de los dos era una pira ahogada en humo.

Sin escuchar reclamos, hablando como en lenguas, regresó a la capilla. Abrió la enorme caja de cristal, féretro del Señor del Santo Entierro. Tomó por los hombros al desvencijado Cristo recién bajado de la cruz. Cubierto de pelambre y sangre coagulada, el Hijo de Dios fue a dar con su osamenta al piso, levantando una nube de polvo rancio. Pablo, oficiante de aquella misa negra, lo despojó de su túnica y se cubrió con ella; la prenda cayó rígida, dejando fuera del brocado sólo su rostro pálido y sus manos tiznadas.

Se acostó luego en el ataúd traslúcido y fue quedando inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos cerrados.

La primera luz llegó con prisa de aldabones. Semivestida salté hacia la huerta suponiendo que Pablo me seguía; me alejé entre ladridos y estridencia de gallos. Ya en campo abierto, escondida en una cueva, me sentí la Magdalena Penitente en aquel hábito roto por los cactus.

Pocos días después regresé al Mezquital con los hermanos de Pablo. Ellos se desengañaron pronto y abrieron una investigación en la ciudad. Yo tenía que buscarlo donde lo dejé.

De nada sirve la fe, me digo ahora, mientras camino por las celdas umbrosas con el crepúsculo de sus ojos lacrado en mi silencio.

Sin embargo la esperanza nunca es vana. Alimentó la incertidumbre de aquella búsqueda y aún ahora filtra su reflejo para imaginar que todo sigue igual.

Reconstruyo paso a paso el camino que me llevó hace un año de Actopan a Epazoyucan buscando a Pablo.

Un alboroto de burros y gallinas delataba mi presencia en los pueblos cenizos de tristeza, día tras día preguntando, con su foto entre mis manos.

En Actopan nadie supo nada; ni el sacristán, ni el cura:

-Con eso de que el siglo XVI es monumento nacional, ya la iglesia no mandó alegó el padre Funes.

Al enterarse de que no era hermano ni primo sonreían a mi paso, como diciendo: pierdes el tiempo mensa, ya regrésate a México.

El carnicero de *La Valentina*, muy galante, me quiso consolar:

-Ya no se apure, mi güera, no hace falta el que se va ni estorba el recién llegado.

Cuando la banda de Mixquiahuala la emprendió con *No llora el perdido...* dudé si tenía caso aquella búsqueda y su peregrinar.

La gente desconfiaba al ver la foto: jeans y saco de vestir, lentes John Lennon, melena de roquero, actitud desafiante:

-Se parece a los que salen en la tele y esos no andan por aquí, señorita- me disuadió un tal Rutilo, espulgando maíz, mientras en el lavadero su mujer balanceaba en silencio la cabeza.

-Mira hija -me dijo la encargada de la fonda- tú no estás de mal ver, dices que estudias teatro: ¿qué andas aquí dando lástimas? Ése ya está grandecito pa cuidarse solo; si no aparece es que ha de andar con otra. Ni que no los conocieras.

Don Eligio, campanero de Ixmiquilpan, aseguraba también que no vio nada, pero algo dijo de la peregrinación del Mezquital; los mayordomos de Epazoyucan, que vienen por las fiestas de la Cruz...ellos tal vez sabrían, porque andaban de pueblo en pueblo, acompañando al nuevo santo y sus milagros.

Por fin fui a dar a Epazoyucan, donde me recibió el templo solitario con su coro artesonado. Los frescos de arte indígena recuerdan a los pintores italianos del siglo XV. Mi urgencia de alguna pista me llevó a asomarme a la sacristía, poblada por imágenes convencionales: San Antonio de Padua, San Martín de Porres, San Felipe de Jesús y una vieja arreglando los floreros.

La beata se alegró al verme:

-Usted seguro no es de aquí. Alabado sea Dios, ya está creciendo la fama milagrosa del Santo del Mezquital. Venga, yo la acompaño, ya verá como él sana cualquier enfermedad, las del cuerpo y las del alma; hasta el mal de amores cura nuestro Santo.

Es como si lo estuviera viendo. A las afueras del pueblo, al fondo del magueyal, la gente se aglomera bajo un cobertizo de palma para huir del sol árido que espesa la saliva; así pasan las horas frente a la casa de Don Melesio, chamán de Epazoyucan.

La sala de espera siempre está llena. Un joven de calzón blanco custodia la puerta y va dando paso, uno por uno, a los que entran y los que salen. En las sillas de plástico aguardan silenciosos los enfermos: unos vendados, otros ciegos; un círculo de rostros sin esperanza arrincona contra las paredes su resignación.

La vieja Seferina se las arregló con el dinero que le di para que entráramos luego. Se abrió la puerta del fondo; humo denso de copal nublaba aquel recinto sofocante. Sobre la mesa temblaban veladoras y se erguían gladiolas fantasmales. A contraluz, tras una cortina de gasa, distingo apenas la silueta de un Nazareno sentado de perfil en actitud de predicar. El chamán agita una campana y puedo ver que es un hombre de carne y hueso; se levanta del banco y mirando de frente a la distancia hace la cruz de una lenta bendición. Alucinada, percibo en su rostro un visaje de Pablo, transfigurado por la flacura, la corona de espinas y la barba. Con desesperación descorro la cortina y era él. No me escuchaba, ausente, la mirada perdida, igual que en el cajón que se tragó su conciencia.

-¡Es un secuestro -grito-; Pablo escúchame, despierta... !

Don Melesio y los enfermos me echaron por sacrílega. Me hubieran linchado de no ser por la beata, que gritaba: “Lucifer, Satanás, abandona esta alma” y le pedía al Santo del Mezquital que expulsara al Maligno en nombre del Señor del Gran Poder.

Ni el presidente municipal quiso creerme. Tras horas de espera, tecleo de máquinas desvencijadas y canciones rancheras, logré audiencia.

-Es mejor que se retire, señorita, no tiene pruebas. Mire, ése de la foto no se parece al Santo; a las autoridades no nos toca meternos con la fe de los pobres. La gente tiene sus creencias y así se consuela. Usted sabe que la revolución anda de capa caída; mejor así, que no se mueva el agua. Además, nadie le va a hacer caso: el Santo hace milagros y la gente lo adora. Ya no se meta en líos, yo sé lo que le digo.

Al salir, un grupo torvo aguardaba frente a la presidencia mascullando insultos: “Méndiga, vieja hereje, hija de la chingada”, alcancé a oír. Seferina me ayudó a atravesar la plaza, cubriéndome con su rebozo de la basura que me aventaban.

Consternada, caminé varias calles y topé con el gentío que iba hacia el atrio. Descalzo, al frente de la procesión, entre palmas y flores, lo vi cargar su cruz. Nunca supe si fingió la caída como parte del ritual. Se arremolinó la gente a levantar el madero que lo aplastaba. En ese instante de confusión, casi besando

las piedras, volvió hacia mi sus ojos, crepúsculo que al extinguirse sellaba en su mensaje la cautiva lucidez de la demencia.

Supe que ya no era Pablo; era en verdad el Santo del Mezquital. Desde entonces su mirada me persigue como un grito de auxilio sofocado en tinieblas.

Ahora, como siempre, en Actopan se detiene la canícula de mayo. A nadie le importa cómo llegó aquí el Santo, ni cómo desapareció.

Un carrito de helados tintinea en la plaza vacía. Derrito en mi boca el hielo perfumado mientras el paletero aprovecha la sombra del kiosco, y como si supiera mis pensamientos me devuelve a la realidad:

-¿Vino para las fiestas de la Cruz? Aquí tenemos la más grande fiesta del estado de Hidalgo. Ahora vienen de todas partes, hasta de Houston, y dejan harto dinero para el resto del año, bendito sea Dios.

-¿Y cómo es que se enteran?

-Se ha corrido la voz, porque aquí se alivian hasta desahuciados del corazón. Por algo el Santo llevaba siempre las manos cruzadas sobre el pecho. ¿Ya vio los escapularios?

-¿Y los curas qué dicen?

-Por más milagros que hagan, ya sabe usted, ellos nunca aceptan santos improvisados. Don Melesio, el curandero, se cansó de la persecución. Lo excomulgaron y se fue con el Santo a Molango. Luego ya no supimos.

Se abrió un silencio en que ambos recordamos, yo la pasión de Pablo, él los milagros.

-Se nos fue, señorita, pero está con nosotros. Es que este pueblo necesitaba un Santo. *

HUATULCO

En el Bufadero el mar se estrella y se atomiza entre las rocas.

Después de una ola grande, la lancha se precipita a golpes secos.

Todos sentimos que al mar le molesta esa cáscara rígida que se le monta encima. Tampoco han de gustarle los turistas de rostro enrojecido, ni las señoras opulentas que apenas nadan y se defienden del sol con lentes oscuros y bronceadores caros.

Un muchacho muy joven dirige la pequeña embarcación con una indiferencia soberana. La tensión de sus piernas gobierna el bamboleo; cuando afianza los pies sobre el casco, sus uñas son conchas brillantes desprendidas de la sal; piel y pelo color cobre; ojos donde fulguran destellos blancos.

Sorprende la mirada con que bebo su altivez; vulnerado, se voltea hacia el mar definitivamente, sin responder a nadie, sin siquiera calmar esos miedos ridículos que le habrían procurado una buena propina.

MÉNADES

Sin ser las Tres Gracias, las antropólogas todavía la rifaban en los coloquios.

Estirando el exiguo presupuesto, el comité organizador las alojó en el hotel recién remodelado de Huajuapán de León. Después de los encuentros de Boston y Frankfurt, donde los académicos se iban cada quien a su cama a las diez de la noche, Oaxaca parecía una promesa de aventuras.

Las atendían de maravilla: parrillada típica, bebida, y las canciones que cantaba Eulogio, magnífico ejemplar mestizo que alborotaba la hormona de todas las congresistas. Era alto y de sonrisa amorosa. Su calidez contrastaba con cierta reticencia indígena. Parecía capaz de desvestir a una mujer como si desgranara una mazorca. A María le recordó al dueño de un café de chinos pelando a la perfección con su cuchillo una piña, celda por celda, hasta dejarla en carne viva .

Delia, doctora en lingüística comparada, se lució en la comida campestre recordando la famosa leyenda de Ocho Venado, mítico gobernante de la Mixteca, mientras se acomodaba la falda corta sobre las piernas cruzadas. Así llamaba la atención hacia su cuerpo bien formado, que contradecía la gravedad de los lentes y el rostro sin pintura enmarcado por las canas. Intelecto y lujuria, una mezcla explosiva.

Sensible a la competencia, a Amanda le dio por cantar *Dios nunca muere* a dúo con Eulogio, dejando a un lado las sofisticaciones de su especialidad en etnomúsica. Se sabía una cuarentona apetecible, gracias a los masajes y cosméticos bien administrados, de los que nunca hablaba con sus colegas del instituto. Cuando giraba la cintura para mirar a Eulogio sus senos hacían honor al escote.

María se levantaba de cuando en cuando a recorrer el círculo bohemio ofreciendo dulces típicos que a nadie se le antojaban después de tanto mezcal. Al pasar junto a Eulogio le pedía entre suspiros algún bolero clásico como *Página blanca* y aprovechaba para acariciar sus hombros. María no era fea si uno la

imaginaba con diez kilos más y un peinado menos rígido. Lo que no le fallaba era llenar la copa del macho consentido.

De regreso las tres montaron en la camioneta del INAH que manejaba el galán. Al cruzar el camino boscoso le tocó el turno a Álvaro Carrillo: *Yo que fui del amor ave de paso, yo que fui mariposa de mil flores*. A María, que se había sentado junto a él se le salían las lágrimas. Al notar cómo se derretía por Eulogio, Delia salió al quite preguntando sobre hierbas medicinales de la región, y recibió una cátedra sobre botánica mixteca. Amanda insistía con grabar los cantos que se entonan en las fiestas religiosas. Las tres se miraron sorprendidas, cuando el bien dotado descubrimiento autóctono comenzó a entonar canciones y rezos de memoria .

Al llegar al hotel estaban demasiado excitadas; Eulogio a cada una le daba en su mero mole. Ni cortas ni perezosas lo condujeron a los cuartos dizque para que les hiciera una limpia, porque, además de cantante y maestro de educación física, Eulogio no ocultaba sus dotes de chamán.

Todo fue cerrar la puerta y desvestirlo entre las tres, forcejeando por besarlo. La primera en quedar como Eva en el paraíso fue Amanda, la más caliente. Delia, a medio desvestir, se dispuso a masturbarse, excitada ante el macho acosado y el cuerpo moreno y maduro de Amanda que se le revelaba en aquel momento. María, sin desnudarse, se trezó con Eulogio en un beso apasionado. Las otras dos luchaban por desvestirla y compartir el agasajo. Por fin, Delia transigió: "Déjalo que se acueste primero con ella, que también mirando se goza", pero Amanda insistía tratando de meterse entre los cuerpos trabados. "Ayúdame y no te quedas allí parada, que esta moscamuerta no se va a salir con la suya", vociferaba. Delia se frotaba el sexo como poseída. "Tú y yo somos el plato fuerte", le decía a su amiga, que transformaba en furia su deseo. Ambas seguían jalando a María que, aferrada a Eulogio, comenzó a soltar patadas a diestra y siniestra. Con el pretexto de calmar las cosas Delia tocaba como al descuido los pechos turgentes de Amanda, que le volteó una bofetada.

Con un fuerte empujón el macho se salió del juego y las tres hembras fueron a dar al piso entre mordidas y jalones de pelo.

Jadeante y asustado, él se vistió y fue a avisar a los organizadores que las congresistas se sentían mal; tal vez les hizo daño la comida, dijo con una sonrisa maliciosa.

Había que posponer sus ponencias para otra fecha.*

TERMINAL

Apretando los muslos, a empujones se abrió paso en la fila de mujeres.

Con las piernas chorreadas salió del excusado, arrastrando un papel bajo la zapatilla de charol.

Ya no le molestaban las miradas de asco. Su piel parecía contener pedruscos de agua; tanto dolor pasmado, tanta sal.

La mañana era helada, pero ella traía un sweater bajo su saco viejo; ya vendrían a buscarla los familiares para llevarla a la Basílica. Esperaba de pie, por no manchar el ajado vestido azul de pedrería, que ahora le quedaba grande. Su relumbrón la hiciera reina de la noche hace sólo unos meses en el burdel de Poza Rica.

Seguro que los petroleros trajeron la maldita enfermedad.

Yadira viene en busca del milagro.

Para la Guadalupana no hay imposibles.*

BOOMERANG

El universo es una red de signos, lo que llamamos causalidad es tal vez un ritmo de coincidencias; cuando la piedra se refleja en el agua, o la fotografía reproduce un instante, el desdoblamiento se revela como el juego esencial.

Elena y Felipe deseaban transmutarse uno en el otro, buscando en la evasión el interregno de la cámara oscura, grado cero del salto mortal. Una construcción de ausencias, una alquimia de suplantaciones marcó su destino.

Para ellos la imagen capturada era oficio y transgresión. Los desnudos en blanco y negro congelaban una danza de amor y muerte.

Antes de tener un refugio se poseían en estacionamientos, bosques y monasterios ruinosos, hasta que una mañana apenas pudieron huir de varios policías que los rodeaban.

Por entonces Elena se olvidaba de comer, de trabajar. Nadie sabía dónde encontrarla. A solas en el cuarto compartido escribía para Felipe, le preparaba ambientaciones con botellas, espejos florecientes de carmín y relojes escurridos con ceras que alumbraran de noche sus cuerpos sudorosos.

Nunca se citaban. La emoción consistía en oír el ruido de la cerradura sin previo aviso. Apenas escuchaba la llave, Elena desfallecía fascinada por la sabia combinación de inocencia perversa que encarnaba Felipe. Joven y atlético, con su melena de bronce desmadejado, la mirada incisiva tras los pequeños lentes y aquellos labios cínicos, sensuales que sabían robarle la voluntad y conducirla al laberinto del exceso.

Tras una larga separación volvían a encontrarse en la Muestra de Escultura organizada en Tlatelolco.

Se descubren a lo lejos, se colman de memoria al tiempo que se aproximan; al más leve contacto se dan cuenta que siguen siendo una sola piel. La memoria no tiembla como el agua, profundiza inscripciones en estelas del sueño.

En la Plaza de las Tres Culturas flota un viento de masacre. Toda presencia estremece el espejo de obsidiana. Entre prismas sin misterio reptan antiguos basamentos cercenados, testigos del sacrificio; la iglesia renegrida tizna el cielo con su memoria inquisitorial.

El mensaje derrotado que trasmina el sitio fluye íntegro a las fotos, preso en luz mecanizada. Serpiente blanca sobre entrañas negras, el negativo captura la mirada que se anhela usurpar.

Entremos a ese patio -propone ella- ¿Recuerdas Santo Domingo de Oaxaca, los capiteles rotos y la fuente?

Cómo no revivir su figura dorada y suave embebida en el barroco; suspensión del instante absoluto que florecía y escapaba. Silencios desolados, transidos de plenitud.

Aquel patio derruido convocaba cerraduras y claustros herederos de la lluvia. Al fondo de la arcada se exhibía una antigua caja fuerte cubierta de grafitti que parecían insultos. *Es como una maldición, no debemos tocarla*, -dijo él- y señaló un extraño despojo de escalera. Es una espiral trunca, comentaron, nunca llegará al cielo.

Al sentarse en el único peldaño, sintieron la marea del absurdo, el conocido zarpazo de lo insoportable. Revivió el día de vino y música cuando Felipe, sumido en un silencio torvo, se levantara de golpe y, como animal enjaulado, estrellara la copa en la pared. De su mano escurrieron goterones sobre el piso. Preso de furia sorda recogió cassetes y libros, lacrando con su pulso herido aquel infierno de muros blancos.

Vamos a tomarnos una foto aquí –pide Felipe.

Despertando al presente, desde una columna rota ella acciona el obturador automático. Apenas tiene tiempo de correr a sentarse junto a él, que se cubre el rostro con las manos.

Son cerca de las dos y, tras el brindis, los demás fotógrafos se han ido. Fatal quedarse solos, a merced de mensajes y símbolos. Se alejan juntos, como si descendieran por gradas ruinosas.

Luces intermitentes rodean a la Virgen de Guadalupe entre el gas envenenado del estacionamiento.

La lentitud del tránsito acentúa en silencio el vínculo nunca roto.

Ella trae vino, como en los tiempos voraces cuando servían la primera copa al mediodía y terminaban dormidos a la madrugada, exhaustos tras el goce.

Refrescan la botella en la fuente de la Plaza de Santo Domingo. De nuevo piedra y agua; los brazos sumergidos como columnas rotas, igual que hacía cinco años en Oaxaca. Se atenúa en frescura el miedo del amor, bajo la turbulencia de la antigua Inquisición, cuyo edificio custodia las imprentas manuales. El vino se termina entre boleros, teporochos y niños recién salidos del colegio.

En el restaurante una gasa de sol se abría paso entre plantas sinuosas junto a la mesa del balcón, bajo banderitas de papel picado.

-Tráiganos dos tequilas para comenzar, y la carta de vinos.

Reconstruyeron lo vivido paso a paso; emergía para él aquella Elena radiante en campanarios y celdas solitarias, con su dicha arrasada por la fugacidad que la memoria guarda. Se humedecía con la primera luz el galope incandescente de los cuerpos purificando noches empantanadas de mezcal.

Vuelve la voz de Felipe a tararear la sencilla canción compuesta una mañana en Mitla, cuando en las grecas saborearon sal de milenios.

Cae la noche. Un estruendo metálico devuelve el auto. El rostro de la Virgen es una lágrima en la zona más densa del olvido.

Había que terminar aquello. Cerca del aeropuerto las calles cumplían los rituales hipnóticos del ron, recortando en azul rejas alucinadas. Un árbol balanceaba su calidoscopio adormeciendo el hemisferio vulnerable, mientras un fragor de aviones curtía la garganta. No se hablaba; uno tras otro los tragos anesthesiaban el dolor. Una lividez astral contagiaba los rostros. Algunas gotas de ámbar puntean el parabrisas en telegrafía silente.

-¿Quieres manejar? -preguntó ella- mientras el tableteo percutía los vidrios, estriados de serpientes.

Como en un sueño lúcido, bajo lluvia cerrada avanza el auto. De pronto la colisión. Agua petrificada en bloque. De nuevo Felipe se cubre el rostro. Culmina la duplicación. Se cancelan los signos.

Ciegos se despeñan en la oscuridad vertiginosa, juntos hacia el destello del obturador final.*

MARIONETAS

¿Dónde los arcanos cambian de sentido y comienza la corriente a girar en sentido contrario? ¿Cómo reconocer el mecanismo límite, ese resorte que se enrolla hasta su máxima tensión y se suelta de pronto, lanzando el carro sin control para estrellarlo en la pared de enfrente? Es decir, por ejemplo, en un congreso todo transcurre con normalidad cuando de pronto se interpone la Barranca del Cobre en colisión con Santa Fe y una termina en la cama con un desconocido.

De seguro a los budistas no les suceden estas cosas, reflexionaba Sonia a su regreso de Chihuahua. Tal vez su amiga Blanca en su viaje al Tibet descubrió la fórmula para permanecer incólume con la misma sonrisa y esa modulación salmódica en la voz, como aquellas muñecas parlantes que al jalarles la cuerda emiten su infalible sonsonete “Hola, cómo estás? Me despertaste.” ¿Qué tan despiertos están los que se abstienen?

Tras la ventanilla se fugaba la ondulada Sierra Madre entre sombras moradas y arenas interminables. A tono con el hinduismo, las montañas parecían colosales vacas sagradas rumiando pasto seco.

Flotaba entre los asientos el aroma incisivo de los burritos rellenos de chile con carne. Siempre había intrigado a Sonia la resistencia de su amiga a los antojos succulentos para seguir fiel a su aburrida dieta vegetariana. Tal vez por eso la carne parecía no tentarla.

Con Estela era distinto, ella sabía desatar una seducción extraña, por momentos histérica, producto de su memoria genética marcada por la segunda guerra. Sus padres y abuelos judíos salieron medio muertos del campo de concentración y emigraron a México. Así pasó su infancia, entre silencios que hacían rechinar los dientes.

Y pensar que estuve a punto de irme con esa loca a la Barranca del Cobre -siguió cavilando Sonia. Se imaginaba en un absurdo forcejeo al borde del vacío. Estela, sobrevolando el cañón como una bruja, aturdiría su desplome con chillidos

de murciélago. Eso, un murciélago albino era Estela, al fin la tengo cercada en una imagen, se regocijó.

El autobús se había detenido en un pueblo perdido del desierto que ostentaba el nombre absurdo de Puerto Palomas, cuando sólo la aridez más áspera recalaba en ese puerto, y en lugar de palomas uno que otro zopilote patrullaba los basureros del mercado.

-Cerca de aquí están los ranchos de Zueco y Villa Ahumada -escuchó que comentaban los norteros de botas negras y texana clara.

Desde los basurales llegaba el tufo de vísceras y pezuñas medio podridas que flotaba en aquel viento sin Dios.

Tomando agua a grandes sorbos recordó la primera señal equívoca del peruano. Espigado, fina estampa, le guiñaba el ojo mientras bailaba con Estela, como diciendo aquí hay para las dos. En la cena bebía de las copas de ambas, insinuando un trío.

Era la noche de clausura en casa del presidente municipal, un palacete de nuevos ricos, atestado de maderas, encajes y marfiles de mal gusto. Dinero y snobismo rendían su homenaje a la literatura.

Tras un cuento infantil, la súplica de los invitados para que ella, Sonia, la Única, leyera un cuento erótico.

-No tenemos tiempo ya, terciaba Estela; si no salimos en este momento perdemos el ferrocarril a Creel -protestaba, buscando el apoyo de Blanca que parecía meditar en un blando sillón de terciopelo.

-No sé qué van a buscar a la Barranca, fue lo único que comentó, arrastrando la voz.

Cierto que tenían el tiempo justo; pero la envidia y los celos son estímulos poderosos para retar al destino. Sonia envolvió con su mirada de ámbar al seductor andino de labios húmedos, y se dispuso a excitar a todos con su palabra.

Desempeñando su papel de mandamás, el dueño de la casa ordenó a su asistente de confianza:

-Llama al chofer inmediatamente porque tenemos que llevar a Creel a las señoritas; no se van a ir a estas horas en tren, faltaba más.

Torciendo la boca, Estela tuvo que callarse.

La lectura del cuento produjo el efecto deseado, las copas de coñac parecían en llamas. Nadie más quiso leer; alguien contó un chiste, pero nadie siguió. Todos tenían prisa de ir a la cama.

-Allá en el hotel las recogerá la camioneta en media hora -aseguró el anfitrión, besándoles la mano.

De camino al coche Estela le pidió en secreto:

-Mientras recojo la maleta, entreténme al galán porque está muy borracho y no quiero que se meta a mi cuarto.

Fue un golpe seco aquella petición a calzón quitado, cavilaba Sonia, mirando por la ventanilla un desfile de cables y rieles, de pronto convergentes, divergentes.

Y así fue. Al llegar al hotel el macho en celo se fue tras Estela. Como un gato montés a punto de dar el salto se detuvo un momento frente a la escalera. Sonia supo que la moneda estaba en el aire. Un movimiento y todo cambiaría de signo. Le cerró el paso; al fin estaban frente a frente. Se besaron con furia, las manos apretaban el cuerpo del otro como en un naufragio. Lo jaló a su cuarto. La excitación no dejaba abrir. Cayeron en la cama uno encima del otro, rasgándose la ropa, como si los agujoneara la sed del desierto.

En eso se abrió la puerta. Era Estela y encendió la luz. El peruano apenas pudo subirse el pantalón mientras Sonia materialmente le cerraba a su amiga la puerta en las narices, diciéndole algo así como espérame en el lobby, ahorita nos vamos. La calentura no podía parar; así a medio vestir se poseyeron como si fuera el fin del mundo.

La camioneta no pasó. El galán a esas horas no quiso regresar a Austin y se quedó dormido en la cama de Sonia.

Sólo quedaba un cuarto. Muy a su pesar las escritoras tuvieron que irse juntas escaleras arriba, sin decir palabra.

LATIN LOVER

Se sentía la gran cosa, Lady Old Parr, puro whisky importado. Ya borracha se me envalentonaba y rompía las copas, *gigoló*, me gritaba la cabrona. Un día me lo hizo en una fiesta high; la puse en su lugar y la saqué a empujones, le di sus cachetadas en pleno Reforma y no la dejé irse, usted viene conmigo y ora se aguanta. Moqueando todavía, la metí en un bar para seguir la parranda; y al salir, ya cachonda, la hice que se hincara a mamármela. Aquí frente al cine Latino, le dije, como cuando era joven y me sobraban gringas que pagaran.

JORNADA CONTRA EL SIDA

- Va a salir en la tele mi papá, todavía no se muere.

-Ya no dejan visitarlo, comadrita, a saber como estará, si la última vez ya no podía pararse.

-A lo mejor hasta los indemnizan, comadre, todo puede pasar cuando alguien sale en el canal de las estrellas. Igual usted no se apure, de mi casa nadie los va a correr, ya Dios dirá, y váyanse de una vez al programa, que por lo menos les quede un recuerdo a los niños; ellos qué culpa tienen.

A las seis apagaron la veladora de San Martín, y con su mejor ropa salieron para casa de la doctora. Qué bueno que los había invitado, tenía tele a color y videocasetera para grabar.

Ella fue quien arregló lo del análisis y el hospital hacía ocho meses, cuando Manuel todavía aseaba el laboratorio y tiraba a la basura cantidad de jeringas y ratones muertos.

Después de presentar inmunólogos, médicos, sicólogos y sacerdotes, enfocaron por fin a Manuel en su silla de ruedas; tenía el rostro tenso y de un color verdoso. Explicó que ya tenía dolores y le habían aplicado cuatro centímetros de Neomelubrina para poder asistir a Televisa; habló de su familia pobre; agradeció las sobras que les daba la doctora para comer desde que estaba enfermo.

Él no era joto, no andaba con nadie, ni tampoco recibía transfusiones, y no sabía por qué se había enfermado. Cuando le preguntaron en qué trabajaba, la doctora se puso muy nerviosa. Corrió a la familia de su casa, pobres de ellos si la culpaban de algo, en su laboratorio todo estaba en regla.

A Manuel le llovieron llamadas telefónicas, ofreciendo ataúdes, velorios, y un análisis gratis para sus hijos, que ya no se enteraron y esa noche se fueron a la cama sin cenar.

CARNAVAL

Cuando la Conga se detuvo frente al hotel Meliá, Angelina fue la primera en acudir al llamado ancestral de los tambores.

Con movimientos sensuales de cadera un joven mulato hacía girar el machete de la zafra alrededor de su cintura sudorosa, para elevar el filo hasta los hombros y después deslizarlo por su lengua. Era el ritual más fálico que ella hubiera imaginado. El machete se hundía en la carne caliente sin traspasarla. Los fluidos viriles hacían resbalar el metal afilado, y la lengua visceral brillaba entrando y saliendo de los labios gruesos.

Junto al joven una negra agitaba un cencerro y sostenía a un niño ya crecido que chupaba su seno con avidez, mientras exprimía el otro pezón que goteaba.

Una corriente eléctrica bajó desde los pechos al vértice punzante de Angelina que se humedecía en una excitación creciente de tam tam y campanas disonantes. Siguió la conga por las calles, de parada en parada, anunciando el inicio del Carnaval.

Angelina y Juan Manuel dejaron a medias el daiquirí en el bar y subieron al cuarto desnudándose desde el elevador. Jadeantes se trezaron en galope sin tregua hasta venirse a gritos ante el cisne blanquísimo de toallas que se erguía sobre la cama por artes de la camarera.

Fumaban en silencio. Las escasas luces se encendían tras el ventanal cuando Angelina inició la provocación:

-¿No te gustaría cogerte a una negra de esas que parecen yeguas jóvenes?

-Lo que me gustaría es un trío. A lo mejor la negra te vuelve loca, mientras yo me recupero para montarte.

-¿Y si el trío fuera al revés? Un negro y tú conmigo.

-Bueno, eso ya es distinto. Yo te ensartaría por detrás mientras el negro hiciera lo suyo. No sé si aguantarías.

-Me encanta que nos digamos estas cosas aquí desnudos, libres de todo para darnos placer.

Y volvieron a excitarse, esta vez lentamente hasta caer rendidos.

Al día siguiente Angelina se adelantó para la inauguración del Carnaval. Le reservó un lugar a su pareja. Seguramente lo rebasó el cansancio o prefirió quedarse a preparar sus citas de negocios, pensó instalada en primera fila mientras se sucedían las escenas más exóticas. Negros que percutían huesos de animales contra botes oxidados; contorsionistas increíbles, máscaras salvajes, hembras que balanceaban sin pudor sus carnes desbordantes.

Al terminar el desfile de los grupos portadores el río de la negritud se precipitó calle abajo. Eran cientos, avanzaban al unísono, piel con piel, asfixiando el espacio en una sentina de aromas demasiado humanos. Ella no se pudo resistir y se dejó llevar por el oleaje de melaza y sombra. Entre los roces húmedos que la envolvieron sintió que una insistente erección se le clavaba. Seguramente era un negro fuerte y alto, pero no quiso voltear a verlo. En la confusión la rodearon sus brazos musculosos y sintió bajo la ropa unas manazas que comenzaron a apretarle sabiamente los pechos. Ella se dejaba hacer, llevada por aquel abandono de inocencia prenatal en donde sólo el cuerpo y su satisfacción tienen cabida.

De pronto cesó la barahunda de tambores y se encendió en la plaza la candela del son. Todos bailaban y ella se encontró en brazos de aquel macho de ébano que apretaba sus nalgas y le hacía imaginar con movimientos ondulantes la delicia de su poderío.

Nunca pensó que aquel olor resultara afrodisíaco. Cerraba los ojos tratando de desentrañar cuánto de nuez, coñac, y caramelo humeante componían la tibieza que flotaba en el aire. Sin concederle un respiro, el moreno se las arregló para calarla con sus dedos largos que parecían conocer cada pliegue del placer. Las violentas contracciones de Angelina hicieron que la pareja dejara de bailar y buscara salir del tumulto.

Estableciendo una pausa, buscaron distancia para incrustar su abrazo contra una cortina metálica que delataba los embates de la pasión.

-Esta noche nos morimos juntos –murmuró la voz grave- Es una forma de decir, rectificó embistiéndola.

Si hubiera estado en su país ella se habría empinado para calmar aquella urgencia en plena calle, pero en Cuba le daba miedo.

-¿Tienes adonde ir? No te puedo llevar a mi hotel porque vengo acompañada - tembló su voz a la intemperie.

-En el centro seguro encontramos un lugar.

-Sólo traigo veinte dólares.

-Todo va a salir bien, ya tú verás.

Follajes densos, ráfagas de rumba y ningún auto por aquellas calles.

Había que buscar un teléfono, pedir un taxi. Todo estaba cerrado, menos los antiguos caserones que la fiebre de la salsa había tomado por asalto.

Como materializado por un conjuro dio vuelta en la esquina un Chevrolet 49.

-Es mi compay, que suerte, ¡sube mami!

La mandaron al asiento de atrás y ellos hablaron como se hablan los desheredados: tú eres mi sangre, hermano, ¿oíste?

-Es una hermosa criatura, -alcanzó a oír mientras bajaba del coche y ellos se despedían.

Disimulada en una bolsa de papel compartieron la botella, regalo del compadre. Brillaba un candil metálico tras las arcadas, era el lobby del hotel más céntrico. La noche costaba ciento veinte dólares. Imposible pagarlos.

Entraron luego a un hotelito viejo, con luces mortecinas.

-No les puedo dar cuarto porque tú eres extranjera y él es cubano.

-¿Cómo dijo?

-Ya lo oíste mi reina, no se puede. Nos cierran el negocio.

Angelina sintió helársele la sangre. Una mezcla de humillación y coraje la ahogaban.

-Entonces, si me quiero acostar con un cubano está prohibido. En mi país van a saber cómo ustedes discriminan a su propia gente. Y sabes una cosa, nos vamos a encamar a pesar de tu cara de malcogida.

-¿Es cierto lo que dijo esa hipócrita amargada?

-Ya tú lo ves. Así es aquí la cosa, mami. Por eso no me siento junto a ti en el coche? Si me agarran me encierran, ¿Oíste?

-No lo puedo creer.

El cubano tuvo que volverla a cachondear, porque la calentura se estaba yendo a pique.

Sólo un intento más, si no me regreso a mi hotel y ahí muere, pensó Angelina.

Era una calle empinada y solitaria. A pocos pasos un letrero: *Se renta cuarto para cubano.*

Cuando una mujer flaca se asomó por el postigo fue la misma historia: tú si puedes entrar, pero ella no, porque es extranjera; ya tú lo sabes.

-Sólo una hora. Nadie se va a enterar. Traemos dólares –terció Angelina.

-Les digo que no se puede.

-Abre, nadie nos ve. Tranquila, no pasa nada.

La luz desnuda de un foco alumbró por un momento el cuarto destartado con un catre individual al centro.

-Déjame en prenda tu carnet y no se tarden.

No había baño, ni un radio para disimular la violencia de los cuerpos que chocaban contra la noche como embarcaciones ebrias.

-Que no armen boruca, les dije- interfería la flaca golpeando sus nudillos en la puerta.

Se enredó entre las piernas enlazadas la única sábana y fue a dar al piso. El sudor despertaba en el colchón una peste de borra mojada.

-Terminen ya, que es muy tarde -reanudaba su queja la voz chillona.

Sin responder al reclamo, ellos jadeaban y bebían ron en aquel hoyo negro disputado a las musas y a las parcas.

-Salgan de una vez o no respondo, insistió terminante la celadora.

A tientas se levantaron a vestirse.

-Van a ser ocho dólares en vez de cuatro. Se tardaron tres horas.

-Vámonos, no le discutas a esta arpía, dijo Angelina aventando los billetes.

Unos trasnochados tocaban filin en la Plaza:

Si me comprendieras

si me conocieras

que feliz sería...

Sin darse cuenta comenzaron a bailar bajo la luna -inicio y fin de un romance- pensó ella, y se sintió capaz de enamorarse de aquel ser tan distante a su mundo.

Al notar una lágrima él rompió el ritmo y le propuso algo curioso.

-Súbete sobre mis pies. Veras cómo te aguanto.

Entre risas se sintió parte de una marioneta. Hacía muchos años que no jugaba con aquella inocencia.

Tomaron uno de los pocos taxis que quedaban. Prometieron volver a encontrarse.

En el Meliá Juan Manuel aguardaba despierto viendo televisión.

-¿De cuándo acá tanto interés por la cultura caribeña? -la increpó resentido.

-Yo te guardé lugar, luego pensé encontrarte en el desfile, pero hubo demasiada gente. No me di cuenta de la hora. Había muy buen ambiente y me piqué con la música y el ron.

-No me digas que anduviste sola hasta estas horas de la madrugada.

-No hombre, me encontré a una amiga colombiana que no veía hace mucho.

-Pues a mí me dio flojera ese relajo callejero.

Angelina se quitó la ropa, húmeda de placer, para entregarse a la presión vivificante de la ducha. Al terminar notó en su cuerpo pequeñas pinceladas negras; palpó su consistencia, eran aceitosas, como ligeras plumas de chapopote que embadurnaban la porcelana de la tina. Era la borra del colchón inmundo. No quiso usar las toallas que parecían nubes perfumadas.

Abrió la llave de agua hirviendo y recordó entonces la orina abundante y sonora del cubano contra la palangana de metal que sostenía bajo su miembro vigoroso antes de salir del cuarto de mala muerte. La bañera se llenaba de remolinos y borbotones como el pensamiento de Angelina ¿era posible que aquel estupendo macho, capaz de hacerla reír como una niña y gozar como una bacante no tuviera derecho siquiera a un baño decente? Cuando el ruido cesó tuvo que esperar para sumergirse, calando con la mano la temperatura. De pronto observó su rostro reflejado sobre las manchas negras del fondo, trató de separar las imágenes, pero las salpicaduras de brea seguían balanceándose bajo sus facciones. Hubiera querido desprender la superficie del reflejo. Se imaginó esas finísimas láminas que decoran las cajas chinas, entonces comprendió que la imagen del espejo cotidiano era su máscara de carnaval. Aunque limpiara todo vestigio, la intensidad recién vivida había sacado a flote para siempre su rostro dual, su verdadero rostro.

CALPAN

Al llegar a Huejotzingo se habían terminado las botellas de tinto. Detuvieron el auto justo en ese momento de sangre luminosa que a él lo desbordaba hasta hacerlo gritar a voz en cuello, desde la ventanilla abierta: "Amo a esta mujer, amo a Rosa Fayad, la amo."

La gente del mercado los miraba recelosa, cuando dejaron el coche abierto para seguir escuchando a todo volumen las Cantigas de Alfonso X, mientras compraban cervezas y más vino.

-Hay una nueva carretera a Calpan; nomás rodean la otra manzana y luego todo derecho, no tienen pierde- les informó el dependiente de la vinatería

Azul y blanco, los volcanes flotaban en la transparencia. De trecho en trecho, los dos bajaban a tomar fotos del nítido paisaje y un escarceo de música mudéjar se confundía con el crujir de la maleza. Beber a pleno sol, de la misma botella, cristalizaba en diamante la euforia de terciopelo que los recorría por dentro.

De lejos se apreciaba el volumen imponente de la iglesia; su ábside entre los cerros se abría paso como un enorme galeón de piedra.

-Trasatlánticos de Dios -dijo Rodrigo-; no sé si lo leí o lo estoy inventando. En el atrio Rosa se detuvo fascinada ante un relieve esculpido entre los contrafuertes. Era la Virgen de Dolores; siete espadas punzaban su corazón. ¿Por qué amar es morir? fue la pregunta que nadie enunció.

El convento estaba solo a las dos de la tarde; una anciana encorvada se distinguía a lo lejos, arreglando gladiolas en floreros de bronce.

Mientras él preparaba las cámaras, ella encendía ocote resinoso. El ceremonial de una sahumadora rubia perfumaba Calpan.

Con su espacio dilatado a cielo abierto, cruces de piedra y capillas atriales, el evangélico siglo dieciséis era la reconciliación ancestral entre sefarditas, sarracenos y adoradores de Huitzilopochtli. El humo del copal elevó su oración blanca hacia los cuatro rumbos inundando con su hipnosis la pequeña capilla posa mientras ella ofrendaba su danza reverente.

- Desnúdate-, escuchó como en un sueño.

Y fue quitándose la ropa al ritmo que marcaba el flash intermitente.

Posó sobre el altar semiderruido, helado como una lápida.

Cuando ellos se acercaron comenzaba a vestirse. Rodrigo huyó llevándose el equipo. Ella quedó medio desnuda, rodeada por aquellos campesinos de mirada lasciva y rencorosa.

- Vengan las fotos, bruja desgraciada.

- No las tengo; se las llevó mi amigo.

-Mira nomás qué falta de respeto: pomos vacíos, aquí en el lugar santo. Nos la vas a pagar vieja borracha y puta.

El más joven rompió la primera botella empuñando su flor de brillos y navajas; otros dos sujetaron a la mujer sobre el altar, el rengo la amordazó mientras uno por uno pasaban a hundirle estrellas sangrientas en el vientre y los pechos.

La anciana, que lo vio todo y aguardó hasta el final, cubrió el cuerpo con una sábana, esparció gladiolas sobre el altar de sacrificio y se fue tras sus hombres en silencio.

ÚLTIMO RIDE

Difícil la primera cumbre de las doce del día que lubrica los cuellos de botella. Una vez alcanzada, es automático deslizarse por el pasillo hacia el baño que abre su ostra de lentitud nacarada.

Se vaga un poco más en la espesura musical del cuarto; entonces dan las tres y la tarde se presenta como una extensa llanura que invita a dejar atrás el camino trillado.

Espuela tras espuela caemos desnudos del potro exhausto.

Son las siete y comienza el carrusel de cervezas.

De pronto hay una detención total, se nos derrumba el cuerpo.

Desde el vacío deslumbrante nos miramos a los ojos.

Él estrella una copa contra el muro y se sangra la muñeca. Observo como escapa el océano por la pequeña herida. Veo desnudarse el mundo cuando él junta sus libros. Recorre el cuarto marcando las paredes con su pulso rojo.

Despedida irrevocable.

Para no suplicarle enciendo una vela y dejo arder mis ojos hasta que la memoria se derrite sobre la pira pausada. Algo más doloroso que los huesos se me rompe por dentro al verlo frente a mí, listo para partir con su equipaje improvisado.

Él acerca a la vela su rostro perverso; desea una bofetada que no llega.

- ¿Deveras quieres irte?

Respondió una sonrisa de serpientes.

- Vámonos pues, al menos, déjame darte un ride.

GOLDEN CLUB

Aquella noche lo vi llegar temprano, con su atuendo impecable.

Me inquietó el enigma de su fragilidad. Aguda serpiente, su voz subía y bajaba el cable del teléfono.

Lo demás: perfección y desdén.

Antes del show nos repartieron flores.

A la hora convenida, previo silencio del exclusivo público de damas, la desnudez viril de Baby Face surgía poco a poco, iluminando con su strip tease, el escenario cursi, rodeado de espejos.

Revivían las rosas mutantes, lejos de polvo y humo, rescatadas de asfixia en el asfalto. La mía, nocturna y tensa, voló desde mis manos para tocar su cuerpo ya desnudo. Él no sintió siquiera el roce perfumado, ni supo cuándo el cáliz se deshizo en ceniza bajo su pie escultural.

SEGUNDO AMANECER

Eso de arrancar el auto y zarpar así nomás con rumbo incierto, sin avisar a nadie ni prever cuánto duraría la fuga, había sido hasta entonces un desafío cargado de ácido erotismo, pero aquel amanecer en medio de un paisaje descarnado fue diferente. Cesó de golpe el tiempo y nuestras miradas se buscaron: “¿Ya viste dónde estamos?”

Una brisa ligera mecía el pastizal subrayando el suspenso de la escena que levitaba sobre un fondo oceánico de rocas azules salpicadas por brotes de líquen. Como un artefacto olvidado de otro mundo el Tsuru dejaba escapar por sus puertas abiertas una cascada suave de música New Age.

El aura de un más allá presentido nos alcanzó entre confusos recuerdos de la noche anterior, cuando una fuerza extraña nos sacó de la ruta de los conventos. Esa absorta madrugada dejamos de ser dos cuerpos en una sola sed ante el roquedal. La luna se apagaba en tonalidades cerúleas: zafiro, lapizlázuli, aguamarina.

“Venimos a soñar”, me repetía, alimentando la ficción de perderme en aquel mar de piedra.

-¿Qué pasó anoche? No dormimos y estoy como si nada –dije.

-Este lugar ¿no? Yo tampoco tengo sueño, ni hambre.

-Me recuerda la Zona del Silencio; otro magnetismo.

-No sé cómo llegamos, –comenté, luchando por ubicarme en aquel paraje desconectado del mundo. No recuerdo nada, dormí todo el camino.

-Te aseguro que no he visto un solo auto desde que salimos a carretera.

-Todos dormían anoche, curándose la desvelada.

Cierto, en unos minutos habíamos cruzado la ciudad, el Centro, el Periférico, Xochimilco y los pueblos aledaños, para tomar directo hacia Oaxtepec a pesar de que no hay señalamientos. Sergio manejaba sonámbulo, como si el antiguo monasterio con sus colosales contrafuertes imantara el trayecto. Una y otra vez pobló la carretera hipnótica la cantata de Mahler a los niños muertos. Corrían al

unísono la cinta del estéreo y el asfalto craquelado de trecho en trecho. A izquierda y derecha de la luz rodante se recortaban hirsutos herbazales de plata, único brillo en la noche ensimismada.

Ya ni la memoria de la ciudad y sus tajos de cemento. No se escuchaban más el ánimo que deambula por el Templo Mayor entre restos de comida y periódicos sucios llorando a sus hijos masacrados. Se había quedado más sola que nunca ese año nuevo, con su fuego extinto frente a las cantinas.

En Tlayacapan el silencio de los cerros se nos vino encima. Apenas traspasamos la reja entreabierta nos envolvió en el atrio una luminiscencia sedosa. Aún escucho nuestra orina derramar su almizcle en la raíz nudosa del amate guardián.

Ambos supimos cuándo ocurrió el desfase.

Serían las dos de la mañana cuando bajo la arcada de la portería observamos los murales, reconstruyendo en la imaginación fragmentos perdidos de escenas bíblicas. Agitamos la cadena del cerrojo que sellaba el claustro y escuchamos congregarse en su clausura una caterva de ánimas mendicantes. Entonces Sergio me tomó de la mano y, sin saber de qué modo, traspasamos aquel fresco deslavado de *El Sueño de José*. Siguiendo la mirada nuestros cuerpos se filtraron a través del yeso que, absorbiendo los fluidos y desecando la carne, nos convertía en polvo de su polvo para recuperar a nuestro paso las siluetas ausentes en el muro. Ya sin peso cruzamos las profundas crujías, rozando apenas la acequia de flamas moradas que conducían a un altar estéril, coronado por cráneos como un tzompantli. El portón quedó atrás con su concierto grave de aldabones, como si un puente levadizo se hubiera replegado tras los ecos trasladándonos a la otra orilla de un perpetuo foso.

-No es posible que se haya ido la noche en llegar a Tlayacapan y detenernos aquí -interrumpió Sergio la recapitulación.

-Calculo que todavía estamos en Morelos, a un lado de la carretera que viene de Yecapixtla, y hace rato que amaneció – le contesté.

-Lo que no entiendo es por qué nos desviamos. Sentí como si una llanta se hubiera pinchado.

-Pero ya ves, todo está en orden.

Recostada sobre una losa tibia cerré los ojos al sol en ascenso y acomodé en el recuerdo nuestra historia. La pausa revivía experiencias acumuladas en viajes alucinantes por la misma ruta: claustros apenas desvirgados por la luz, huertas abandonadas, rosetones óseos recortando su encaje en la penumbra. Me fue posible recrear primera vez que abrimos los aljibes de Totolapan; su grito de bisagras liberando cegados insectos. Contemplé una vez más nuestros rostros intrusos al fondo del pozo sobre pátina de lluvia largamente decantada. No lanzamos monedas. Nuestra saliva, tantas veces compartida labio a labio, descolgó sus hilos para tejer la contrafaz del tiempo. Recordé el vértigo de aquella escalera derrumbada, donde un gran plomo pendía de la bóveda como planeta maldito. Su presencia de astro apagado, carcomido de herrumbre, siempre está a punto de caerme encima.

-La verdad, no me acuerdo si estuvimos anoche en algún otro convento.

Desde que descubrimos el erotismo encerrado en aquella austeridad supimos que ese rosario de monasterios abandonados formaría parte de lo nuestro. Colonias de larvas sueñan nuestra imagen en los pozos. Bajo las portadas hay raíces que se siguen enlazando al conjuro de nuestra seducción.

Cuando se comparten tales dimensiones es difícil cercar al amor en la vida cotidiana. Sergio y yo no quisimos. Lo nuestro es polvo girando en el haz de luz que recorta un postigo al entreabrirse.

-¿Y si nos vamos a vivir juntos? -interrumpió.

-Me gustaría en un lugar como éste, fuera del mundo.

-Las evasivas de siempre, ¿te das cuenta?

-A lo mejor por eso caímos aquí, en este laberinto.

-Basta de fantasías. Se está haciendo tarde.

Buscó la llave del auto en la bolsa del pantalón, después en el morral, y nada. La habrá tirado al sentarse -pensé hurgando bajo las piedras. Sergio comenzó a recorrer el camino entre el coche y el sitio donde estábamos. Yo seguí

removiendo con los pies las pequeñas lajas esparcidas por el suelo.

Estoy harta de andar en el limbo –pensé-; si salimos de ésta nos juntamos de una vez y lo echamos todo a perder. Matar lo que se ama.

Nada nuevo. Ya habíamos matado un hijo; él me pidió el aborto en el cuarto mes y yo no tuve valor para oponerme. Nunca hablamos de los trozos sangrantes que pendían de las pinzas, muñones desprendidos de una estrella muerta.

-No te pongas nervioso, tienen que aparecer esas malditas llaves -trataba de tranquilizarlo.

-Será mejor que arranquemos el coche con los cables. Si no corremos el riesgo de quedarnos hasta la noche en este desierto de piedra.

Al fin pudimos salir hacia la carretera solitaria. Con la velocidad entró ese aire polvoriento de Morelos; por la llanura calcinada desfilaban montículos de paja. Al avanzar notamos que el adobe carnoso de la región parecía de pronto viejo y resquebrajado. Sobre la teja crecían yerbajos.

-Parecen viviendas abandonadas; nunca había visto tantas por aquí.

-Espero que ésta sea la carretera de regreso. Ya sería demasiado perdernos a estas alturas.

Al mediodía nos detuvimos a consultar el plano. El sol quemaba en lo alto de un cielo sin nubes.

-No es posible, si estábamos tan cerca –me quejé.

-Allá se ven dos personas, vamos a preguntar.

Caminé entre las milpas malogradas, segura de que el crujir de mis pasos alertaría a las figuras que flameaban al viento; sus ropas parecían destrenzarse como un vendaje sucio de sanguaza. Jirones agitados les cubrían el cuerpo y la cabeza simulando drapeados, amplias túnicas, turbantes y sombreros estafalarios; parecían padre e hijo, no pude distinguir sus rostros. Sacudí la mano para que me vieran y se acercaran, pero permanecían inmóviles y mudos. Seguí apartando a mi paso los brazos pegajosos del maizal: telarañas se prendían a mi piel haciéndome cerrar los ojos y la boca. Contenido el aliento, salí de la parcela y me di cuenta de que allí no había nadie. Lo que traspasé cerrándome a la náusea

fueron las vísceras de aquellos personajes trashumantes, disueltos en el espejismo.

-No tiene caso desesperarse; es un mal sueño y sólo terminará si despertamos – me repetía de regreso al auto.

-Ya no pienses, saldremos de este absurdo como entramos. Son insidiosos estos sitios de poder –dijo Sergio sin preguntarme nada.

-Lo peor que puede suceder es que pasemos aquí la noche. Mañana es lunes y seguramente nos buscarán.

-Pero si nadie sabe dónde estamos.

-De todos modos algo va a ocurrir; no podemos desaparecer así nada más.

De nuevo al anochecer tuvimos que salir del camino para descansar hasta el otro día. Echamos los asientos para atrás y nos tendimos agotados.

El peso de mi cuerpo tocaba fondo cuando me despertó el sobresalto de Sergio, que se incorporó de pronto al escuchar primero un latido suave, tenaz, que se volvió luego ensordecedor y retumbaba en el metal helado.

-¿Pusiste el estéreo?

-No puse nada, quiero dormir.

-Esos sonidos. Es un corazón, ¿lo oyes?

-¿Hasta ahora lo notas? Es la cantata de los niños muertos, lo que no hemos dejado nacer.

Me estás enloqueciendo, no aguanto más –aulló Sergio fuera de sí.

-No podemos huir, ¿no oyes los latidos?

Entonces se precipitó aterrorizado hacia la profundidad de la garganta pétrea que se hundía en la negrura.

No sé por cuántas horas se repite en mi mente la visión: Sergio de bruceas, una mano (¿la mía?) levantando su cabellera oscura, y el filo de la roca refulgente de azul donde brillan manchas rojas y calientes, como los trozos de nube sanguinolenta que cuelgan de la pinza oxidada del sol. El enorme plomo balancea su mole sobre mi cabeza.

Se levanta el segundo amanecer.

CRÓNICA ANFIBIA

El verano es la aorta del tiempo. Su caudal atropellado se desborda para inundar los parques, y es bello entonces descalzarse, hundir los pies en aquella sopa helada, evocar la aventura alucinante de los conquistadores que rielaron el Amazonas en una balsa de troncos como en la película de Werner Herzog.

De pronto la idea del mar, agua de nunca caer; infinito collar azul ensartado en el viento. No más posponer el viaje. Ni él ni yo volveríamos esa noche a nuestras casas.

Fue necesario comprar algunas cosas, mínimo un traje de baño, algo para comer y desde luego una botella de vino.

El aguacero seguía agitando su turbulencia por las calles; era fácil derrapar, caer hacia la nada; detuvimos el coche hacia una pausa, intentamos avisar por teléfono, mirar por un periscopio empañado esa preocupación familiar, tan ajena que no podía tocarnos. Inventé la mentira más inverosímil para justificar el viaje y nos fuimos a pasar la noche en la casa de campo que sus padres tenían abandonada. La idea era partir apenas amaneciera.

Aquella fue una noche larga, noche de arcilla y hogueras para alcanzar el alba con un poco de sal entre los labios.

Fue extraño que los muros no se desmoronaran; sorprendente que los cuerpos amanecieran derrochando inocencia al caminar desnudos entre los muebles destartalados. La espada de la luz caía sin piedad sobre montones de ropa tiesa, olvidada allí hacía mucho tiempo.

Corté la papaya que habíamos comprado para el desayuno y un barniz genital cubrió mis manos. Recordé que no había agua, no dije nada, dejé que el olor genital denunciara el engaño, ambos supimos entonces que era inútil, inútil reanudar el viaje.

Lo único cierto: el mar seguía muy lejos.

EN UNA FIESTA

Alguna vez nos había gustado el mismo hombre. Ahora daba risa y además Susana estaba demasiado borracha; no podía ni caminar para ir al baño, había que llevarla y la llevé. Quítame los calzones me pedía, colgada de mi cuello. Las carcajadas casi nos ahogaban, fulminamos de risa no sé cuántos años de solemnidad y la senté en el water. Ven, dame un beso, -rogaba sin soltarme- quiero sentir a todos tus amantes en mi boca, te comparto los míos y vamos a reírnos hasta que nos cansemos y vamos a frotarnos esta humedad del sexo, así, aunque no sintamos nada, porque al cabo todo es un simulacro y apúrate que allí afuera se mueren por saber cuál es la risa.

CORRIMIENTO HACIA EL ROJO

La curiosidad femenina guió el cuchillo hacia el centro, reventando aquella cápsula de sol.

Brotaron eritrocitos, cristales, linfa, en fin, una galaxia de semillas provocó el inesperado corrimiento hacia el rojo.

El jitomate cereza, al salpicar, fecundó el traje sastre blanco, que ahora espera turno para parir en la tintorería.

DOS PIELES

De miércoles a jueves es la mejor noche, comadre. Uno baila hasta tarde y luego sube al panteón a cantar alabanzas para levantar la sombra de los difuntos. Se mira desde arriba el atrio lleno de danzantes que giran alrededor de las cruces bien adornadas. Si viera como brilla la nuestra con sus focos de colores.

Yo creo que cada año bajan de los cerros como treinta cruces. Casi todas caben en el atrio, pero algunas se dejan acompañando a los muertitos, junto a las tumbas de tierra suelta.

Ya parece que miro al ahijado en la velación cantando esa que le gustaba:

*Soy danzante por amor
a mi rito y a mi Dios...*

Al otro día temprano culebras de gente suben cargando las cruces por los cerros de Chalma. Se necesitan por lo menos veinte cristianos para sopesar cada una y la subida es dura, no se crea. Da hartito gusto cuando uno llega arriba y comienza el tronido de los cohetes. Por todos lados retumba el eco y se abren nubecitas blancas. Los mayordomos vuelven a clavar las cruces en las ubres de la tierra para que venga la lluvia.

Así, cada mayo, comadre. Chula que es esa fiesta, pero yo vine a contarle de la última vez que vi a Rosendo.

Cuando acabó la ceremonia allí en el cerro le dije yo al ahijado:

-No te arrimes a la orilla, que las piedras son traidoras.

Se miraba como un águila negra en el pico más alto, allí parado. El aire le tenía coraje. Su tilma chicoteaba por todas partes y las plumas del penacho se le empezaron a maltratar.

Se escuchaban de lejos las últimas alabanzas. Hacía rato que el grupo había bajado.

No, no me oía Rosendo, tuve que encaramarme a la roca pelada para convencerlo de que bajara.

-Mire muchacho, usted trae el corazón muy apretado de cosas. Vamos allá a la sombrita a fumarnos un cigarro y ahí me va platicando. Ya sabe que todo queda entre hombres.

-Espéreme, ahorita lo alcanzo, padrino, -fue lo que me contestó-

Menos mal que esos montes están calados de cuevas, porque el calor se pone recio a las dos de la tarde.

Saqué mi cajetilla de *Alas* y la puse en el suelo.

Cuando bajó su hijo yo le respeté el silencio. Hasta que mirando el humo comenzó a soltarse.

-Tenían razón los compadritos, eso de abrir el camino de Santiago nomás así, -dijo mirando fijo el valle como si estuviera solo y su alma- los viejos sabían por qué. No querían compartir la palabra con los españoles. Lástima que no supieron explicarnos. Ya hace dos años de eso.

Yo le seguí la plática para que se fuera aflojando poco a poco.

-Los huehues no querían que se siguieran mezclando las sangres de la discordia, pero por algo así lo dispuso la Nanita que en paz descanse. Ya vez que Don Fulgencio la escogió a ella como capitana. Los jefes saben lo que hacen. Acuérdate que era el año de Santiago y a los de Castilla se les antojó darles luz a sus tatas por las matanzas de indios. Estaban arrepentidos de sus abuelos.

-Como si fuera tan fácil levantarles la sombra a esas ánimas bañadas en sangre. Ni con cincuenta velaciones ¡Qué esperanza! -dijo Rosendo, como espantando un fantasma.

-Él es Dios y sólo él sabe, no se te olvide que nosotros estamos ciegos y sordos en este peregrinar. ¿Y se puede saber qué de malo te hicieron a ti los españoles?

-le pregunté para que desembuchara- ¿No fuiste a dar hasta Alemania después que cruzamos por primera vez el charco? ¿No te llamaban de las universidades para que les enseñaras nuestras cosas.

-Usted qué sabe padrino.

Hice un silencio para que Rosendo se animara a sacar tanta tristeza que traía.

-No se apure, comadrita, no tengo sed. Le quiero contar todo sin mezcal ni cerveza, así a lo macho, como dicen.

Y así fue la cosa. Se le pusieron los ojos bien brillosos al muchacho.

-Allá en Santiago la conocí -se comenzó a acordar- en la mera peregrinación quiso que le ensañara a bailar *Águila Blanca*. Yo no creía, verdad de Dios, que la danza guerrera pudiera prender sus carbones en unos ojos tan azules. Pero Imelda aprendió. Parecía un demonio blanco cuando bailaba. En ese viaje nunca me volvió a buscar. Era seria con todos, por eso La Nanita la nombró primera sahumadora. Ve que al otro año ya habían formado grupo los españoles y quisieron venir aquí a Las Cruces, dizque para aprender más.

Y sí comadre, vinieron como quince. No les importó quedarse dos semanas en Chalma, durmiendo en petates, tragando nomás frijoles y tortillas duras.

Se aprendieron los pasos, pero no todos sentían esa como borrachera de sol que nos agarra a los danzantes.

A los seis meses Rosendo desapareció sin decir nada. Ahora ya sé lo que pasó y le vengo a contar, porque usted es la que más derecho tiene.

Pues sí, resulta que él se entendió con la tal Imelda. Ni su esposa Amparito, ni yo nos dimos cuenta.

Me contó que fue la noche de las mandas.

Citlali estaba recién nacida entre Amparito y él, bien tapados los tres con la misma cobija. Junto a ellos dormían Imelda y las españolas.

Bueno, lo que es dormir, no pegaban el ojo. Si hasta el aliento se les oía. Yo las veía despiertas a altas horas de la noche a Imelda y a su amiga, junto al baño, peinándose a la luz de la luna. Me acuerdo del perfume que traían. Creo que eran medio brujas y algún trabajo le hicieron a Rosendo.

Aquella madrugada salimos como cada año para ayudar a los peregrinos que bajan de rodillas a cumplir su promesa. Después Rosendo quiso ir al río porque traía la sangre de Don Tacho pegada por todas partes. Ya casi no llegaba el pobre viejo, pero una manda es una manda y, como el Señor de Chalma le alivió al nietecito, tenía que llegar de rodillas a la iglesia con todo y la corona de espinas que le tejió su mujer. Parecía un santo Cristo. Había que cargarlo por los codos en los tramos difíciles.

-Allí en el río me la encontré bañándose -le cambió la voz al muchacho, cuando empezó a contarme lo de Imelda. Dijo que se miraba como aparecida, toda de blanco, secándose el pelo sentada en una piedra de la orilla. Se hizo el disimulado, no fuera a pensar que la andaba espiando, pero ella se acercó atraída por la sangre, con sus ojos transparentes que parecían enjuagarlo a uno; como quien mira a Xipe, Nuestro Señor El Desollado. Rosendo hablaba como en trance:

-Cuando se quitó el vestido -dijo- sentí como si todo ya lo hubiera vivido, supe que toda la vida me había quemado por dentro aquel relámpago que tenía enfrente.

Se metieron al río y allí acabó de conocerla. Con su perdón, comadre, dijo que la española no paraba de moverse haciendo cosas que Amparito para nada, y bueno, pues ya no pudo dejar de buscarla.

Desde entonces el ahijado cambió. Ya no cargaba con la familia en las obligaciones y no hablaba con nadie, toda la fuerza la ponía en bailar como si fuera el fin del mundo. Con su Danza del Fuego reventaba a los más jóvenes. Seguro que sus golpes en la tierra siguieron llamando a la tal Imelda que ya se había ido a España. Regresó a los dos meses y entonces se llevó a Rosendo.

Allá creen que la danza se aprende en una escuela. Dicen que meten a la gente en un salón de clases y les pasan videos. Los forman de diez en fondo, vestidos de pants, como si fuera tabla de gimnasia, y cada día les enseñan un paso diferente. Luego que juntan los pasos completan una danza. Figúrese qué tormento para un danzante. Luego supe que empezaron a mezclar la mexicanidad

con cantos sufis y respiración yoga. Yo no lo podía creer, pero Rosendo contaba todo con pelos y señales.

Lo que ya no aguantó fue lo del Tantra. Y es que Imelda quería armar tríos y cuartetos en la cama. Usaban drogas y aparatos, según ellos para abrirse y entender mejor la danza. Aquí me va a perdonar, pero no puedo decirle todo lo que Rosendo me platicó. Cómo llegó a extrañar el silencio de Amparito, el aroma de sus tortillas del comal y las noches con ella, tan quietecita.

Lástima. Cuando volvió decepcionada la halló esperando un chamaco de otro. Así es la canija vida.

Yo entiendo que por eso se puso a tomar así el ahijado, pero no se desespere comadrita, mañana voy a buscarlo, ya me dijeron que anda por Garibaldi. Quién quita y lo convengo de ir a la Villita a jurarle a la Virgen que va a dejar el vicio. Total todavía está joven, y para los danzantes nunca falta ni mujer ni petate.

Usté qué dice ¿A poco no?

LUNA EN MITLA

Lo sintió levantarse a medianoche. Sacaba chispas a la oscuridad el chorro de su orina. Después un tañer metálico; apenas se distinguía en la penumbra el vuelo de sus manos, que hacían sonar la puerta como arpa herrumbrosa. Lo vio sonámbulo dirigirse al perchero y descolgar lentamente el vestido blanco, para desplegarlo en la ventana. La luna llena electrizaba el resplandor. Venida de quién sabe dónde, rompió el silencio una voz gutural con un rezo en zapoteca; al cesar la plegaria, el dormido despierto respondía una y otra vez con el mismo conjuro:

La Diosa Blanca se desnuda frente a los cuatro Tezcatlipoca.

Esa voz. Ella no podía hablar. Escudriñó la negrura; estaban solos. Se incorporó con la esperanza de que todo fuera una pesadilla.

Su miedo cuajó al ver que él no despertaba. Se echó una bata encima y a corazón batiente salió del cuarto. Vio que el vestido brillaba a contraluz. Entre grillos, atravesó el patio recién llovido de la posada y abrió la reja a la calle.

Eran cuatro. Los vio venir de lejos, alardeando como alardean los machos a las dos de la mañana, pero con ese tono indígena, tan agudo y doliente; pensó en la Diosa Blanca y quiso huir al notar que no apoyaban los pies en el suelo. No tenían pies ni rostro; volaban llenando de viento sus camisas de manta.

Paralizada, siente un empujón tibio desnudarla; luego un pulso de mar cuando mece los barcos junto al muelle. Al elevarse alcanza a distinguir en la ventana una cruz al rojo blanco. Cada vez más lejano su estigma.

ALUMBRAN TONATICO

“Se encienden chispas efervescentes, toques de hada en la piel -pensó Isolda- por algo vienen los viejos a estos lugares.”

Tonatico es mejor que Ixtapan; casi no hay turistas y los balnearios son más económicos. De las albercas mana un vapor tibio y el agua es pesada y caliente, como líquido amniótico, fiel a su origen ígneo y subterráneo.

-Ya fue suficiente; salgamos, nos estamos macerando en salmuera -dijo el profesor-. Vamos al bar del fondo a tomar una cerveza.

Cobertizo de palmas, mostrador de azulejo, cuatro mesas de *Corona*, la *Sonora Santanera* y un altísimo tobogán seco.

- ¿Por qué en estas albercas no hay gente? -preguntó Isolda al profesor.

- Es que aquí el agua está fría, güera -respondió comedido el cantinero gordo de ojos inyectados, mientras servía las cervezas.

-Es como las termas romanas, querida: *calidarium*, *tepidarium*, *frigidarium*, ya te acuerdas -terció el profesor, aprovechando la oportunidad para lucirse.

Al escuchar los latinajos el cantinero repuso:

-No, si el que sabe, sabe; mis respetos. Usted seguro es maestro.

-Sí, de antropología -intervino Isolda.

(“El profesor ya esta viejo para estas hembras”, le urgía al gordo su deseo agazapado.)

La brisa secaba las gotas, concentrando en los cuerpos puntos de sal invisible. Una mariposa blanca, enorme, sobrevoló la barra. La rubia siguió el trazo con sus ojos azules, que sin pintura parecían de niña, y sorprendió la mirada lasciva.

-¿Y qué significa el nombre Tonatico? -siguió preguntando, siempre con actitud de alumna aplicada.

-Tiene que ver con Tonatiuh, quiere decir *en los pañales del sol* -ilustraba el gordo, sintiéndose barman de primer mundo, mientras aprovechaba para comérsela con los ojos. Los pezones erectos bajo el traje mojado lo volvían loco.

Imaginaba entre sus dedos calientes esos brotes. Los pechos, de seguro, le cabrían completos en la boca.

(“Los pañales del sol deben ser como esa mariposa”, reflexionó ella en silencio.)

Tras la pausa del vuelo, el profesor repuso:

-Por lo visto, mi amigo, usted no canta mal las rancheras; yo hablaba de lenguas muertas, pero a las claras se ve que usted domina el náhuatl.

-A ver, a ver, cómo que lenguas muertas.

-Así les llaman al griego clásico y al latín. Dice un colega que los lingüistas las mataron con sus puñales traducciones.

-Así la cosa cambia, o a poco me va decir que también al náhuatl lo mató un puñal.

-Mejor bájele porque estamos entre machos y muy mexicanos, qué caray.

-Esa voz me agrada profe. Así ni quien diga nada.

Sabiendo que la iban a ignorar, Isolda aprovecha para ir la baño, mientras los gallos marcan su territorio. "Compermiso", se aleja y sus muslos hacen del silencio un escándalo.

Antes que el profesor se incomodara el gordo le ofreció:

-¿No se toma un mezcalito mientras viene su esposa; o qué, a poco nomás es su amiga?

-Tú qué crees...

-Pues salud, por usted y por la dama, si me permite.

-Salud.

Bastaron cinco minutos en el tocador para que el profesor y el cantinero se enfrascaran, se embotellaran más bien, en bebidas autóctonas y raíces matlaltzincas.

-Tómese un mezcalito, güera, éste es del mero bueno, de aquí de Tonatico, hecho en casa.

Los limones partidos hacían agua la boca y el mezcal colgaba piernas en el vaso. Así explicaba el profesor, compartiendo su experiencia de bon vivant. (“Piernas son otras”, callaba el gordo, mientras bebía.)

-Salud.

-Salud.

Al cabo de varios tragos ella, prudente, advirtió:

-Ya van muchos alcoholes y se está haciendo noche, no vayan a cerrar.

Entonces, cruzó el crepúsculo la bandada de zanates.

-Mire profe, aquí le voy a presentar a unos amigos; todos trabajan en el balneario y han de querer echarse un traguito con nosotros antes de irse - insistió el gordo.

Isolda los vio venir tambaleantes.

-Les presento al profesor y a la señorita.

("Agustín, mucho gusto; José, encantado; Miguel, a sus órdenes.")

-Nomás un submarino y ya nos vamos -dijo el profesor, arrastrando la voz.

-A ver, compadre: submarino especial para el maestro.

("Un submarino para tocar fondo", se alarmó ella, mientras Agustín, el salvavidas, un moreno macizo de pelo ensortijado, sumergía el caballito de tequila en el vaso de cerveza.)

Por fin el gordo se lanzó, apartándola, casi en secreto:

-Me gustas harto, güera; desde el principio me estoy aguantando. Vamos allá atracito, te lo hago bien chingón. Me cae.

Los recién llegados se servían mezcal en tarros de cerveza, para ponerse al parejo -justificaban- y entretenían al maestro preguntándole sobre cocteles exóticos y afrodisíacos.

El cantinero sabía que los feos deben ser hábiles, certeros como el águila con la liebre. Funciona la sorpresa. Mordisqueaba y lamía como perro hambriento los dedos de la güera que se dejaba hacer, como distraída. De repente le puso una mano sobre su miembro. Ella no pudo evitar apretarlo y medir su envergadura. Luego se sobresaltó como si hubiera tocado un alacrán, pero en sus ojos el deseo comenzaba a brillar. Sobre todo porque desde el cachondeo sorprendía la intensa mirada del moreno Agustín que sudaba testosterona. El gordo se salía con la suya y entre resistencia y disimulo excitaba las delicias que escondía el traje de baño.

Cuando quiso acariciarla entre los muslos ella reaccionó.

-Oye, ya estuvo bueno. No te pases que vengo con mi amigo. ¡Manuel, vámonos! -gritó asustada.

- Ese ya se está cayendo, véngase mamacita.

*Y si acaso ya inconsciente,
agobiado por los humos del alcohol,*

repetía la pista de la *Sonora*.

Manuel se desplomaba.

Cuando vieron que el gordo trataba de abrazar a fuerzas a la nena, Agustín protestó:

-Oiga compadre, ¿no va a convidar panocha?; ya no hay tos, el balneario está cerrado.

- Vamos a la alberca grande que está bien calientita -dijo Miguel.

-Sí, pero me la cojo yo primero, replicó el gordo, estableciendo jerarquías.

-¡Auxilio, suéltanme! - gritaba Isolda.

Aquello no era el Rapto de las Sabinas. En tono de “fuera máscaras” se confundían las voces.

-A ése tráiganlo cargado.

-A ver si con el agua se despierta.

-Agárrala bien.

-Ya tápale la boca.

-Ora, quítale el pinche traje de baño.

-Uy, si está retebuena.

-Al agua patos.

-Empínamela bien y no la sueltes.

-Cómo coge la muy puta.

-Ya apúrate, me toca.

-Déjenla respirar tantito, se va a ahogar.

-Órale, vas y yo la empino.

-Callen a ese cabrón o no les toca.

Cuando todos terminaron Agustín quiso otra vez y apartando a los demás obligó al gordo a que la sostuviera para penetrarla furiosamente. Un aullido de placer y dolor acompañó el espasmo final, estrangulando el paroxismo.

De pronto sólo el chapaleo del agua.

-Ésta ya no relincha. Ora sí se nos pasó la mano.

El cuerpo de Isolda resbaló al fondo.

-Y tú no viste nada: pa dentro, pa dentro y pa dentro, pinche profesor ojete.

El lunes los empleados de limpieza encontraron dos ahogados, "víctimas de congestión alcohólica", dictaminaron los forenses. El personal se defendió asegurando que nadie se dio cuenta. "Cuando cerré no había nadie", aseguró el velador.

La averiguación no prosperó.

Lo único que lograron los padres de Isolda y la colonia alemana fue que las autoridades reforzaran vigilancia y alumbrado en el balneario de Tonatico.*

CUESTIÓN DE SEGUNDOS

Justo a medio congreso Mario organizó una fiesta en su cuarto. Unos en el suelo, otros al rededor de las camas, bebían presumiendo de literatos.

Adriana se retiró a media noche, para volver a los cinco minutos porque su compañera de cuarto ya estaba bien acompañada y no le quiso abrir.

Todavía quedaban varios en la reunión, los de confianza; muy cansada, se recostó un momento. Al borde de la cama, Lucy no se contenía y delineaba con saliva los labios de Mario, mirándolo con deleite. Adriana se levantó, sintiendo que estorbaba, pero en ese momento, Mario se incorporó y la abrazó por detrás.

-Tú eres la que me gusta, no te vayas.

-Claro que me voy, suéltame.

-No te vayas.

-Voy a tomar el fresco.

-Allá te alcanzo.

Y comenzó a clarear. Sentados en las sillas de jardín, Mario insistía en acariciarle las piernas.

-Vamos a mi cuarto. Mi cuate, seguro, está bien dormido.

-Pero, y nuestra amistad, es mejor conservarla que jugárselo todo a un acostón, además, como organizadora yo no puedo quemarme. Además está tu amigo.

-No pasa nada, vente, me muero por sentirte.

Desde el baño se oía roncar a Pepe. El primero fue de pie, recargados en el lavabo, mientras se llenaba la tina estrepitosamente.

-Métete, aquí cabemos.

-Estas loco, se llenó demasiado, se va a salir el agua; esto es un lío, parece que metimos una ballena en la tina, se está inundando el cuarto.

Mario se vistió primero.

-Te espero en la cama.

Eso sí que no, -pensó ella-. Y si despierta Pepe, no qué horror, yo no puedo dar un escándalo.

Apenas le dio tiempo de salir; en el pasillo se cruzó con Lucy que irrumpió sin más en el cuarto de los jóvenes dizque a pedir una cerveza. De inmediato se oyó tronar en el cuarto contiguo el portazo del marido, que sacó a Lucila de los pelos, por puta, según se comentó en el desayuno del día siguiente.

Fue cuestión de segundos, pensó Adriana.

TESTIGO PRESENCIAL

Se agasajaban con un faje voraz, monumental. Los judiciales tocaron en la ventanilla.

-Bájese, amigo. Vamos a revisar el coche.

-Oiga si no traemos nada.

-Aliento alcohólico, faltas a la moral.

-Venimos de una fiesta, ya íbamos a meter el coche en el garaje, aquí vivimos.

-De todos modos bájese, le digo.

Él se bajó, y a ella, de pensar en la delegación y en el escándalo que le armaría su marido, le entró tal pánico, que acelerando a fondo hizo volar al amante, que fue a estrellarse sobre la banqueta.

Allá va tras ella la camioneta de los judas, mientras el MP consigue una ambulancia.

TRUEQUE

Un alto oleaje salpicaba el malecón formando charcos de óxido en el pavimento erosionado. Sobre el ala de roca negra que avanzaba mar adentro la espuma destejía cordeles blancos, tal vez amarras sueltas de barcos fantasmales.

Parejas solitarias incrustaban su abrazo contra las fortificaciones de una España medieval y navegante, cuyos ecos aún se escuchan en los nombres de las calles: Obispo, Mercaderes, Curtidores, desfile increíble de palacios eclécticos y ruinosos.

Exuberante decadencia, pensó Eugenia frente al lienzo disfrutando la aspersion de frescura bajo el sol ardiente, que ganaba la plaza de su piel. Era difícil concebir a plena luz esa imaginería ritual que la atrajo hacia la herencia afroantillana, esa fascinación de frutos híbridos que permeaba sus sueños desde las trasmutaciones de Wilfredo Lamm.

Absorta, sumergía su presente en aquella masa undosa de tumultos oscuros que chasqueaba contra el acantilado. Comparaba el adaggio gris de su Cantábrico con el allegro fogoso del Caribe. Ese dragón de fauces centelleantes no había sido pintado por ningún impresionista.

Cuando quiso proteger su carpeta, una andanada de viento salino se había llevado al mar el dibujo de la tarde anterior.

Siguió en cámara lenta el bamboleo del papel hasta que tocó el agua. Lo vio flotar unos segundos sobre la superficie móvil y se sintió tentada a rescatarlo, pero sabía que unos metros en el mar son otro reino. Imaginó el beso amargo de la tinta en maridaje con la sal. El agua poco a poco impregnaba el papel y el dibujo comenzó a sumergirse.

Fija la vista, proyectó en las aguas la caminata que el día anterior le revelara secretos de la Habana Vieja. Escuchó de nuevo el sonido irresistible del danzón que emanaba de la ruinoso casona Art Nouveau en la calle de Ánimas. Se miró trasponer el zaguán húmedo y avanzar por el corredor hasta abrir una puerta brillante de esmalte azul marino.

Quería hacer un apunte de los músicos. Sin darse cuenta, con la fatalidad de quien invade territorio vedado, el ritmo la fue absorbiendo y comenzó a delinear de manera automática; el pincel no seguía los impulsos de la mano; eran las notas destempladas del teclado, la flauta aguda y el bongó los que delineaban el boceto. Sin ver lo que había plasmado abandonó el dibujo para entregarse al fraseo sensual del danzón.

Acodada al antepecho del malecón, interrumpió el raptó. De pronto la asaltaba la angustia de una pérdida definitiva: no había visto aquel dibujo y no lo vería más si no lograba distinguir entre la reverberación algo de aquellos trazos velados a su conciencia. Su mirada no podía descifrar las líneas negras que se mezclaban entre ondulantes márgenes.

Recordó entonces la invitación del cantante del grupo, un negro esbelto y recio de pelo entrecano, cuya virilidad se insinuaba en la entrepierna. En el baile cadencioso la rozaba apenas y sostenía su mano con delicadeza como si temiera quebrarla. Ella se entregaba al olor denso y la profundidad de su canto.

La canción descendía en esmeralda líquida como la blancura del papel al hundirse despacio. Rememoró vagamente la ventana entreabierta por donde vislumbrara, entre uno y otro compás, a una matrona oscura sentada a medio patio en un sillón de mimbre que parecía un trono. Balanceaba la mole de su cuerpo mientras movía los labios en un rezo. Era ciega.

Eugenia no supo si aquella imagen le venía del baile o de sus sueños cercanos al vudú. Volcada su atención en las pequeñas olas que chocaban con el muelle, se concentró deseando que el dibujo se hiciera visible. Las espirales verdes dieron un vuelco que lo hizo emerger hacia la transparencia. Al mismo tiempo percibió en el aire cálido ese olor a nuez y maderas añosas que despedía la piel del negro mientras bailaban. Lo vio de nuevo darle las gracias con una reverencia cuando terminó la música, y salir apretando a su pecho el dibujo inconcluso. Cuando Eugenia salió al patio; la matrona, reinaba como un tótem bajo el crepúsculo. El negro de voz grave entonó entonces un canto yoruba. La mujer hizo el intento de incorporarse y él la apoyó como si fuera su hijo.

En un esfuerzo máximo Eugenia trataba de captar la oscilación de la hoja a merced del oleaje al tiempo que luchaba inútilmente por reconstruir los huecos de aquel crepúsculo inquietante.

El movimiento de agua cesó para que se viera con claridad el zaguán de la casa. Advirtió en el umbral una especie de altar escalofriante. Comenzó a sacudirla el eco de la demencia. Era la miniatura de una sala con dos pequeñas sillas; al centro se cruzaban un par de cañas negras, apuntando hacia rumbos opuestos; una escalera enana se apoyaba en el suelo. Cierta espera maligna anidaba en aquellos asientos vacíos; una combustión sorda persistía en aquel dos de bastos calcinado y en los peldaños de utilería acechaba la gran burla. Un ruido de maracas y huesos rotos aumentaba la hipnosis del trance. No era el horror de un grito sino el sarcasmo agudo de una risa lo que hacía temblar la escena, abriendo esa fisura que precipita todo hacia el absurdo. Aparecía ante ella el esperpento: era un altar de santería lo que había dibujado sin saberlo.

Eugenia perdió pie. El espejo elusivo del mar la atrajo hacia su oscilante sillón de mimbre, tejido con luz trémula. Lo último que vieron sus ojos velados fue la agitación de las ondas que al amainar le devolvían el reflejo de la matrona oscura, mirándola de pie desde la orilla con los ojos muy abiertos.

La despertó una insistencia de maracas; un olor a madera envejecida la devolvió a su raíz africana y a su sillón de siempre: supo entonces que nunca se había movido de aquel patio, soñando en su ceguera con el mar.

MAL TRAGO

Tomó la decisión con facilidad pasmosa. Se acabó. Más de dos años desaparecerían con sólo poner manos a la obra. Cuestión de conseguir una camioneta de mudanzas, cargarlo todo, cerrar la puerta y no volver atrás.

La cruda pegaba fuerte, pero la sed y el temblor interno se iban a medida que el sol deshacía con su tráfago el embotamiento nocturno.

Cuando llegó al edificio con los cargadores era hora del almuerzo; las escobas estaban como siempre en plena actividad, y un olor a comida picante vociferaba, llenando la escalera. Cuántas veces aquella irritación en las fosas nasales acompañó el galope a pleno día, a contrapelo del horario burocrático de los huéspedes.

El espectáculo tras abrir la puerta no hacía concesiones; las botellas tiradas tenían algo de masacre. La cama era un tumulto de cuerpos todavía no disueltos por la luz.

Era una profanación entrar allí con dos extraños para desmantelarlo todo, en vez de volver sola, como tantas veces, a pasar la mañana ventilando y componiendo todo en un letargo de cervezas.

Las cosas habían ido demasiado lejos. Un hálito indeseable había impregnado todo en aquel cuarto. Había que largarse.

Sin que le gustara el tipo, sólo por despecho lo había dejado entrar la noche anterior, y aunque adivinó su homosexualidad frustrada, su ansia de poder, su cobardía, se emborracharon juntos, se acostaron sin ganas y hasta detuvo entre sus manos la botella que él calentó con su orina.

A media noche, buscando una cerveza, había bebido un asqueroso trago.

RASTROS

Ya era tarde. Salieron de la fiesta; no traían para hotel, y mejor le pusieron gasolina al coche, compraron su botella y se pusieron a dar vueltas y vueltas por la ciudad. Se detenían para el faje y se iban antes de llamar la atención de las patrullas. Así hasta amanecer, allá por las afueras de Xochimilco, en pleno campo de Santa Cecilia Tepetlapa. Aquí no nos ve nadie, pero igual, no te bajes; siéntate aquí encimita, así, ándale, por fin. Rápido pero intenso.

Valió la pena, vámonos. Huele mal, ay no es posible, te ensucié la camisa. Fue tanta excitación, tantos nervios de mierda.

EL VELORIO DE CAMELIA CÉSPEDES

Poco a poco se fue llenando la sala del prestigiado velatorio. Nadie sabía de dónde sacó dinero doña Camelia; el entierro se anunciaba en el Panteón Francés y el ataúd gris metálico lucía de lo más caro. Quienes la visitaron últimamente en su amplia casa de Coyoacán sabían que su desahogo económico zozobraba desde la muerte de don Arsenio, alto empleado de Colgate, rango que la viuda nunca omitía.

Lo cierto es que todo el que entraba a Gayosso parecía de estreno. Nada de sacar del clóset falda, blusa y saco de diferentes tonos de negro, que si de noche todos los gatos son pardos, no todos los lutos son parejos.

Diletantes conocidos por su extravagancia eran esa noche modelo de compostura. Actrices y actores discontinuados lucían discretos; adivinaban que la prensa no pasaría por alto aquella ocasión única que reunía en un espacio a sonetistas, talleristas, pianistas, publicistas, arrivistas, gigolós otoñales y ganadores de juegos florales, cuyos premios municipales, como el saludo o un cigarro, no se le niegan a nadie.

Destacaban sobre todo las vedettes de antaño que encontraron en la poesía un foro de consolación. La más cursi había sido siempre Dulce Amor, que lucía por encima de las rodillas nudosas un vestido negligé con escote de encajes y lustrosa estola negra.

Junto al féretro, las esposas del Club de Leones se turnaban misterios del rosario, requies y letanías.

En un ángulo del salón, casi a la entrada, coincidieron algunas escritoras que, muy a su pesar, habían iniciado camino en las tertulias de Camelia, a quien sólo debían -según ellas- la ocasión de alejarse a tiempo de aquello que aborrecían: el mundo de la subliteratura.

Se avergonzaban al ser vistas por sus colegas serias, que publicaban en *Planeta* y tenían crítica internacional, pero al fin y al cabo todas estaban allí, asumiendo algún vínculo con la difunta de nombre y apelativo jardinado,

metafóricamente despedida entre coronas florales. Así debieron sentirse los burgueses decimonónicos al toparse por azar en los burdeles.

Sin decir nada desfilaron una a una hacia la cafetería, como acudiendo a una cita imprevista. Eran tan amigas como lo permiten la envidia literaria y los líos de pantalones. No todas habían compartido su etapa de florilegio en el salón de Camelia Céspedes, cuya militancia al frente de *Poesía eres tú* había durado más de dos décadas. "Bienvenidas al ágape de la palabra", decía la anfitriona, mientras su criada Micaela servía los bocadillos.

Sin pensarlo mucho las escritoras se sentaron a la misma mesa que algo tenía de lápida.

Gloria, la más audaz, rompió el hielo a la manera de Acuña:

-Pues bien, yo necesito decirles...

Todas se atragantaron una carcajada reprimida por la solemnidad del caso.

Gloria continuó, aparentando pompa y circunstancia:

-Conocí a Camelia Céspedes en los albores de mi trayectoria, durante las inolvidables veladas de piano, soneto y pastel que ofrecía en su casa. Yo, que no estudié letras, y que lo creí un mundo mágico, pensaba que ése era el camino, porque Camelia se movía en los talleres de avanzada como Pedro por su casa, invitando talentos a diestra y siniestra. Todo iba bien hasta que una tarde, por fin, el doctor Ashbury, de la Universidad de Pennsylvania, acudió a la tertulia. Se le caían los lentes al oír a sorjuanistas al vapor que no paraban de inventar sandeces sintiéndose descubridores de correspondencia y poemas inéditos de la Décima Musa. Que si era lesbianismo o amor platónico la relación de la monja con la virreina, que si Aristóteles hubiera cocinado habría descubierto el valor de cambio, que si Juana de Asbaje sublimó o sólo evocaba, que si el Padre Calleja inventó lo del queso versus el talento y que sé yo.

Nadie en la concurrencia sabía que el doctor Ashbury, además de una eminencia en *Primero Sueño*, era gay. Se supo cuando tocó el timbre su glamoroso efebo. El joven, de nariz aguileña y gahné marfil, no tuvo tiempo de saludar a nadie porque apenas entró se le colgó del brazo el famoso erudito, diciéndole: "Vámonos de este horror..." Y agregó: "Dónde fui a caer; y tú tienes la

culpa, por no orientarme, saltimbanqui". Entonces vi que el sendero florido no era el mío.

-Según el sentido de las manecillas del reloj parece que sigo yo -dijo Fernanda, gozando de antemano su propia confesión-. Conocí a nuestra difunta precisamente en un taller literario de la universidad, famoso por su reputación de izquierda. Cuando leí mi primer poema sobre ambientes conventuales casi me linchan. Y juro que en aquellos cuartetos anacrónicos había metáforas dignas. Lo quemé, pero recuerdo ciertos versos irrecuperables que hablaban de la piedra hecha pan bajo el sol y la sombra de los arcos modulando el espacio. Desde el principio supe que esa señora con mascada de seda no tenía nada que hacer allí. En ese reducto del 68 la poesía era desollarse en vida. El desenlace vino una tarde en que el Molotov, una leyenda trasnochada del movimiento estudiantil, no pudo soportar tanto perfume de gardenias. Aporreando la mesa con ojos desorbitados pronunció la inapelable sentencia: "¡Ya basta de pendejadas!" Ahí casi me libro de Camelia, pero ella había sembrado su tarjeta. Ya ven, una por no caer en prejuicios convencionales, que la izquierda también cultiva, cae en peores laberintos. Porque eso fue mi periplo con Camelia, que en paz descansa: el Laberinto del Minotauro. Por diez largos años fuimos artífices de ese género rosa del absurdo, que era su pasión. Me unía a ella cierta solidaridad de colegio de monjas y la merecida admiración debida a su entereza inmune a toda burla; surgió una extraña ternura que se transformaba en lástima conforme yo veía sus desatinos. Sí, no pongan esa cara, fueron años de llamadas a diario por teléfono, a las ocho de la mañana, cuando a veces los maridos, aprovechando el pájaro madrugador, se echan un rapidito; allí estaba interrumpiendo la voz comedida de la señora Céspedes, que anunciaba entrevistas inverosímiles y luego no se acordaba de las direcciones.

-Tenemos cita en la embajada de Polonia- me informaba. Y entonces yo tenía que preparar en una hora todo el dossier de "*Poesía eres tú*" para entregárselo a la Premio Nóbel Wisława Szymborska, que en realidad estaba en Cracovia y era absolutamente inalcanzable.

-Yo no me puedo quejar -tomó su turno Dina-; a ella la recibían en todas partes y a mí me tocó acompañarla, hace unos años, antes de que la asociación estuviera tan quemada. Era admirable su habilidad; con su pupila azul y su insistencia, Camelia era capaz de sacarle una cita al Secretario de Educación, si era preciso, para pedirle que nos grabara un disco con poemas del mar acompañados al piano. Cuando yo enrojecía y el alto funcionario contestaba que lo mejor era que acudiéramos a *Voz Viva de México* ella parecía no oírlo, hasta que finalmente le sacaba un sí incondicional. Y todo para abortar la idea tras meses de desgaste, sin saber cuáles textos incluir y provocando la disputa encarnizada de poetas y actores, ávidos por apoderarse del fantasmal proyecto.

-Pues a mí me tocó la parte más sabrosa e increíble del personaje, tal vez porque soy mayor que ustedes y fui amiga de Camelia desde la juventud -sentenció Carmen, pidiendo para todas otra ronda de café panteonero-

-Sí, como les decía, yo conocí de cerca las fantasías amorosas de la que se fue. Ambas nacimos en el norte. Yo, como me ven, franca y atravesada al estilo de mis paisanas; ella mosquita muerta, rubia y enamorada a más no poder. Cierto que se casó a los dieciocho, pero por eso mismo a los treinta y cinco ya estaba libre; las hijas guapas, bien casadas con ricos de Monterrey, y ella con tiempo libre gracias a los frecuentes viajes de Colgate que la libraban del marido. Fue entonces cuando me convenció de que la acompañara a la Facultad de Filosofía y Letras. Con su estilo ambicioso de parecer modesta, se las arregló para que la dejaran entrar como oyente en las mejores cátedras. Cuando le comenzó a escribir sonetos al guapísimo maestro Inclán, "cuyo rostro talló el exilio", yo me dije allá ellos y sus broncas, me retiré de esas andanzas y abracé mi diplomado de autodidacta. Ella me seguía contando sus amores. Llevaba y traía en su coche al profesor consentido por alumnas de veinte años, que gozaban en vivo las delicias que Camelia idealizaba en poemas. Nuestra amiga se hacía tonta, pero bien que sabía. No sé si finalmente se acostaría con él, pero eso es lo de menos: fue su muso, no cabe duda.

El grupo se bebía las palabras de Carmen. Las sorprendió aquella faceta desconocida de la difunta, como si en la autopsia apareciera de pronto un cortaplumas o una cresta de gallo.

Y prosiguió Carmen:

-Al igual que parecía no registrar la incomodidad de los funcionarios ante sus proyectos absurdos ("*Poesía eres tú lo necesita, no nos abandone*", porfiaba imperativa) tampoco se daba cuenta de que tenía setenta y coqueteaba con galanes veinte años menores que ella. Sus manos, puro hueso, se aferraban como garras a los brazos de diplomáticos que posaban de santones de la cultura. Estaba convencida de que no se atrevían a declararle su amor porque los cohibía su estatus.

Una noche me habló Adriana, la hija divorciada, que a últimas fechas vivía con ella. Me dijo que acudiera urgentemente porque Camelia se había caído y me necesitaba. Me temí una de esas fracturas que quiebran a los viejos antes de irse. Sin saber a ciencia cierta la gravedad del caso, porque Adriana era alcohólica y fabulaba más de la cuenta, le dije que llamara a un doctor mientras yo acudía a ayudarla. Me encontré a Camelia inconsciente a media escalera. Estaba sin sentido, perfectamente acicalada, con vestido de baile y las mejores joyas que tenía. Adriana me explicó entonces que Camelia no iba a ninguna recepción, que de vez en cuando se vestía de gala, bajaba las anchas escaleras, se servía un whisky en las rocas para esperar que la recogieran y terminaba yéndose a acostar sin saber adónde supuestamente la habían invitado.

Según Adriana no era la primera vez que su madre imaginaba invitaciones a lujosos banquetes, consumía largas horas frente al espejo probándose viejas prendas, y luego, ataviada de gran lujo, se dirigía a la sala para telefonar a las socias de *Poesía eres tú* preguntando autoritaria quién pasaría por ella. Como nadie sabía del asunto, se justificaba diciendo que había confundido la fecha. Todo era un juego de su fantasía que necesitaba revivir los estelares cruceros a Europa a bordo del Queen Mary o el Elizabeth.

-Como nosotras aquí -intervino Emilia- que venimos de luto a simular que nos burlamos de ella.

Entonces se dejó oír la charla apagada de otras mesas. Las escritoras comenzaron a revolverse inquietas en las sillas metálicas. La máscara grotesca de Camelia Céspedes asumía, en épica sordina, la dimensión humana que todas eludían.

-Pensándolo bien -reflexionó Gloria- a todas de algún modo nos queda el saco. Yo en lo personal he promovido a cada gigoló que se creía escritor sólo por ser atleta de la cama... No fui capaz de pedir, como el pueblo romano a Nerón: "Incendia, mata, coge, pero no cantes".

Evelia se desahogó: "Y yo, que publiqué esos poemas ridículos de "Luna confidente" cuando tenía veinte años, creyéndome escritora predestinada (Rimbaud qué me duraba). Al darme cuenta lo mala que era la plaquette traté de recogerla de las librerías, pero no pude evitar que varios críticos sacralizados me ofrecieran sus lecciones de hotelería.

-Todas tenemos cola que nos pisen -terció Elisa-. Yo alguna vez presenté un libro con un ballet más cursi que el Lago de los Cisnes. Tengo el video y nunca conseguí verlo hasta el final.

-Menos mal que lo toman por el lado amable, porque la pobre Camelia, a su modo, era una persona buena y nos apreciaba -concluyó Carmen-. A mí me tenía confianza y me pidió que a su muerte revisara sus poemas inéditos. Ella dudaba que fuéramos capaces de arar en sus campos. Intuía que es difícil descifrar el silencio de las palabras. De una vez aprovecho y las invito. A ver qué podemos rescatar de su memoria...

¿Recuerdan aquel poema?

*Tal vez broten los pétalos
del interior del mar
y el silencio se hunda
en las profundidades abismales...*

Nada se comentó. Pero la pausa decía: No hay poeta sin un verso afortunado. Ni hablar. Era hora de volver y despedirse de los deudos.

Subieron todas juntas a la capilla con intenciones de hacer una guardia. Se abrieron paso en medio del sofocante vaho de flores, cigarrillos y perfume.

Al fondo se abrió la puerta del privado. Adriana, tambaleante, luchaba por aparentar sobriedad y no podía tenerse en pie, perdida de borracha. -Esta vez con razón, pensaron todos, mientras se tragaban sin tapujos las taras familiares-. Ella, desolada, se abrazó a la caja y quiso abrirla.

Algo de los caprichos de Goya tenía la escena. Los parientes cercanos se empeñaban en tapar el sol con un dedo, tratando de ocultar el féretro con una delatora barrera humana.

La tragicomedia alcanzaba su clímax insoportable. Los curiosos y amigos circunstanciales salieron atropellándose.

Nosotras, porque yo también estaba, nos fuimos, dejando solas a nuestras Camelias Céspedes. Nuestras ridiculeces, nuestras cursilerías, nuestras miserias.

A Camelia su drama ya no podía tocarla. De espaldas al horror, ataviada esperaba el banquete. Esta vez era sin duda la invitada especial.

M.P.

- Da gracias que no te tocó la güera de anoche; estaba desatada; tuvimos que llamar al marido por lo del choque, seguro tenían lana, y él daría lo que fuera para que no la consignáramos. Cuando lo vio se puso como diabla, tú lárgate de aquí, quién te llamó, llévate tu dinero, -le decía-. Y para colmo se echó la culpa; ni licencia traía ese punk con el que andaba.

Lo más chistoso fue cuando sacamos al chavo de los separos, la rubia lo abrazaba y lo cubría de besos; tuvimos que agarrar al viejo, que con razón se le iba encima. Pobre cuate, con esa vieja puta, y además le salió en un dineral el choquecito.*

ÁNIMA SOLA

Me voy a acurrucar otro rato mientras calienta el día ahora que no me duelen tanto los huesos. Amanecí como nuevo, pero no me hallo.

La resolana dibuja en el muro de adobe la sonrisa de mi Guadalupe que se fue muy niña. No hubo quien le parara la diarrea. Le quiso ganar a su madre en eso de largarse de la casa o nomás se la llevó la Virgencita para que le cantara. Como en la pintura que tiene el padre Eulogio en la sacristía.

Yo desde chico la miraba mientras me vestía de acólito. Tenía vergüenza por lo de las faldas pero me acordaba que mi tata, muy macho y todo, sale en carnaval vestido de chinelo con un camisón blanco de franjas azules. Eso sí, su máscara de alambre con bigotes y barba negra puntiaguda. Me figuro a mi Lupita, canta y canta alabanzas junto a los querubines de la señora del Tepeyac, que es nuestra madre Tonantzin.

Tránsito, mi mujer, se fue amargando desde que nos quedamos solos sin la procesión de remedios de las vecinas. El silencio se nos vino encima hasta que nos cubrió de piedras grises, como si la casa nos ahogara poco a poco bajo una loza pesada y muda. Su entraña estaba triste y de nada servía que zarandeáramos el catre todas noches. Yo le echaba la culpa a las tarugadas del doctor. Doña Chole, la comadrone, siempre supo más que el mentado seguro social. A mis hermanas bien que las sobó en el temazcal y muy sanos que tuvieron a los escuintles. Una de ellas nos pidió que criáramos al recién nacido, pero yo no quise hijos ajenos.

Mi mujer no decía nada pero en secreto me echaba la culpa; cuantimás que me costaba trabajo cumplirle porque se estaba volviendo fodonga como su madre. Ya no sentíamos nada; apagamos los fuegos, la mera verdad. Se había pasado la calentura y quedó el puro cansancio de las desmañanadas y ese atole desabrido que sabía como a lágrimas.

Aburrida de cargar nuestros pecados, Lupita se durmió en ese estuche de listones que le compró su padrino Melesio, que tan bien se ha portado al

aguantarme tantos años en esta casa. Cuando se fue Tránsito y me quedé solo todos creían que me volvería a juntar por acá con alguna señora, pero qué esperanzas. Le empecé a agarrar el gusto a que nadie se meta conmigo. Con el dinero de unas tierras que vendí, como quiera me voy arreglando. Si estoy de malas, pues yo solo me aguanto. Nada me cuesta cuidarle el changarro de cazuelas al compadre a cambio del cuarto grande que tengo aquí en su terreno. Pero ya le dije que mis tierras de Tupátaro son para sus hijos. Queda como media hectárea de lo que dejó el abuelo; cinco tareas, que le nombran acá.

Él no quería pero hicimos un trato.

- Ya sabe que no me gusta andar cobrando los favores

—protestó con ganas de irse y dejarme hablando solo.

- Espérese compadre que esto es serio, quiero que esas tierritas queden en buenas manos. Mire, vamos a hacer un trato: si mi heredero no se presenta usted se queda con ellas, qué le parece.

- Bueno, pues ya que insiste en hablar de esas cosas trato hecho; y de una vez me da todos los datos de esa persona para que mis hijos lo busquen si yo me petateo primero. Porque en eso de la pelona nadie sabe...

- Como yo no tengo a quién, dejaré mi herencia a la persona que venga a mi velorio sin que usted la invite y se ponga a rezarme.

- Eso es trampa compadre, no se vale. ¿Quién va a venir a rezarle sin conocerlo?

- Acuérdesese nomás que éste es trato de bigote y no se me eche para atrás.

A regañadientes aceptó las escrituras y desde entonces estoy mas tranquilo.

No sé por qué me da por acordarme de estas cosas. Será que está uno viejo y tiene todo el tiempo para hacer memoria.

Así me pasa en las mañanas cuando abrimos la cortina hacia la calle y sacamos las cazuelas y el titipuchal de figuras de barro que compran los turistas. Horas y horas para ver mi pasado como una película .

Hasta parece que estoy oyendo lo bonito que tocó la banda cuando llevamos a mi niña al panteón, al camposanto, dice el padre que se dice.

Nomás volver del entierro y mi vieja y yo nos quedamos sin pretexto; frente a frente como gallos de pelea.

Que si no la cuidaste por andar de chimicolera.

Que si la sangre aguada de tu familia.

Que te callas o te cierro la boca de una guantada.

Y un día de la Candelaria que estaba yo curándome la cruda, Tránsito agarró sus chivas y se fue para el rumbo de Guerrero, donde están sus parientes. Supe que luego se juntó con un pescador y hasta tuvo más hijos. A saber con las mujeres...

Yo ya no podía quedarme en Tupátaro. La casa estaba llena de fantasmas.

En la iglesia los aires se colaban por el artesonado diciendo mi nombre. El rechinido mezclaba las voces conocidas con la letanía aguda de los ángeles que machacaban mi calvario.

Yo sentía el alma expuesta y esa lastima hipócrita de la gente me dejaba en carne viva.

Los aires me espantaron la sombra; me puse malo y fue cuando me vine a Tlayacapan. Aquí los graniceros me curaron. Ellos, que saben hacer llover, me sacaron el llanto. Así me alivié.

El sol casi vertical ya no danzaba en el muro. Tantos recuerdos vinieron a despedirse que ya se me hizo tarde.

Por el trajín que se oye, seguro que hoy celebran algo. Tal vez por fin hicieron mayordomo al compadre. Hace años que pidió al Niño Dios y chance ya se le hizo. Toda la casa está como de fiesta. Entran y salen las mujeres de la cocina que huele a café de olla y tamales.

Yo, ni hambre tengo.

Pero igual es hora de levantarse. Va a ser un día pesado porque a mí no me gusta el alboroto.

Voy al baño y me detengo a medio patio. No siento ganas de orinar.

Veo que guardaron toda la mercancía.

Junto al pozo se amontonan las cazuelas hondas y los jarritos brillantes color caramelo. Los soles de barro comen su rebanada de luna recargados en el tecorral.

Sí que está solemne la cosa. A mi me late que este año les tocó el Niño.

Alguien me llama desde el solar.

- Anselmo...

- Voy.

(Pero si parece que me jalar -¿adónde voy? -; la voz parece cerca y no veo a nadie. No hace falta ver cuando la imagen llega. Algo que se espera desde siempre. No hay tiempo, ni espacio, nada. Sólo ella que vuelve de una ausencia. Es como si posara su mano fresca sobre la fiebre del alma para curarlo todo. Uno se hunde entonces en una especie de bálsamo abismal. Quiere despertar antes de tocar fondo. Pero fondo no hay, sino ese abandono que nos lleva quién sabe dónde, más allá de los cerros y del mar, a un paisaje sin viento. Ese rastro recobrado y perdido una y otra vez, esa interrogación que nos marca.)

Hoy si que estoy hablando como si fuera otro. A lo lejos distingo a una mujer vestida de negro. Trae ropa de ciudad; se ve que no es de aquí.

Sale del despoblado y se dirige a la plaza; da vuelta en nuestra calle. Yo apuro el paso pero las piernas se me estiran como si fueran de goma y me siento como en esos sueños en que uno corre en el mismo lugar. Jamás la alcanzaré ni dejaré de verla. Entra como si nada por detrás de la casa. Pasa junto a mi cuarto sin mirar. Segura, se dirige a la sala vacía, que nunca se había visto tan grande.

Hay sillas recargadas en las paredes y al fondo muchas flores. Hay coronas y cirios. Habrán prestado la sala a algún vecino que no tenía espacio.

La joven elegante se acerca al féretro y comienza a rezar un Padrenuestro en el reclinatorio. No creo que sea pariente del difunto ni amiga de los compadres. Sí, no es de aquí. Parece de esas fotos en blanco y negro de Dolores del Río, tan ensimismada que no me ha notado. Iré a ver quién pasó a mejor vida y así la tendré más cerca.

Bajo la tapa del ataúd se refleja mi rostro; busco otro ángulo pero la imagen del cristal no cambia su seria palidez. Soy yo con los ojos cerrados. ¿Soy yo muerto?

— ¡Nooooo..! –grito con toda mi alma, en la esperanza de despertar de una pesadilla., pero mi grito no se escucha.

La mujer sigue concentrada en su rezo y repasa lentamente las cuentas del rosario. No puede verme. Estar muerto es deambular como un fantasma.

-No siempre- dice otra voz desde la puerta- eso sólo le sucede al ánima sola.

Es don Remigio, el granicero que me curó del espanto y murió al poco tiempo.

-Por favor, dígame qué está pasando. Ya quiero despertar de este mal sueño.

-No estás soñando, simplemente moriste tan solo como viviste y ya llegó tu heredera.

-La que va a ser dueña de mis tierras.

-No, esas son de tu compadre. A ella le heredaste la salvación.

-No entiendo nada.

-Sí, hombre, ella también fue ánima sola; andaba de un lado para otro, acompañando a los trabajadores del tiempo, hasta que oyó tu petición y te vino a rezar un rosario. Cuando ella termine descansará en paz y tú vendrás conmigo a afilarme los rayos que mandaremos en las tormentas. Hasta que otra ánima sola venga por ti para que reces en su velorio.

VA DE NUEVO

Mientras abría la reja sus manos recordaron que hace un año palpaban aquel culo en un baile casero. La aventura no pudo culminar entonces.

Al verla despampanante, lamentó no haberse arreglado especialmente para ese día.

A los veinte años la hubiera enloquecido, se dijo el otoñal y famoso novelista. Maduro y corpulento, aún conservaba la cadera estrecha, el pelo oscuro y lacio, y ese rostro sin edad de estirpe indígena.

Para romper el hielo, el comentario.

- Ya hace un año que nos vimos, cómo pasa el tiempo. Estoy solo, despedí a todo el mundo para verte.

-¿Qué tienes de beber?

-¿Vas a querer vino blanco? No está muy frío, qué lástima. Me da pena que en este desorden no encuentre ni una copa. ¿No te importa si te lo sirvo en vaso?

Lo malo no era el vaso, sino que el cristal estaba opaco y el vino se veía turbio.

Subieron botella en mano a la recámara, donde reinaba la televisión con el insulso *Siempre en domingo*.

Él la sentó en sus piernas y empezó a desvestirla sin preámbulos. Despeinándola, le sacó la blusa por el cuello, junto con el sostén, y sin besarla, sin siquiera tocarle los pechos, la puso de pie, mientras se desabrochaba con prisa la bragueta para dejar salir su verga semierecta. Ella se frotaba los pezones para calentarse. Tomándola de los hombros consiguió arrodillarla, pero su boca evitaba el contacto con el molusco agazapado; acto seguido, como si estuviera solo, se aplicó a masturbarse furiosamente y logró una erección nada despreciable. Aprovecha, le dijo que no es fácil, convaleciente como estoy. Sin estar excitada todavía, ella accedió quitándose la falda.

Cayeron en la cama. Tras intenso jadeo concluyó todo. No se podía creer que el escritor magistral de novelas eróticas fuera un amante vulgar y primitivo.

Casi ahogada bajo el gigante peso logró escabullirse. Se demoró en la ducha, como para extraer del baño caliente la dosis de placer que le faltaba, pero el agua salía apenas tibia; su disgusto aumentó cuando tuvo que secarse con la única toalla, curtida de pintura para el pelo. Asqueada, fue a vestirse, dispuesta a mentar madres, pero notó algo extraño en aquel cuerpo inmóvil que como un león marino yacía silencioso y boquiabierto. No quiso ni tocarlo.

QUIÉN COMO DIOS

La playa sola, transición de mar y cielo azul nublado. Un viento fresco preludia la limpia de los siete cuerpos. Infinita extensión de arena y sal para drenar las heridas de nuestro ser alterado.

Primero el cuerpo físico, energía concentrada en los pies como memoria del camino; cosquilleo de arena entre los dedos. Luego el cuerpo mental; gránulos como larvas en cada nudo de cabellos, ásperas sanguijuelas que succionan todo mal pensamiento. Así desprendemos con arena abrasiva las costras de emoción, la pesadilla, el mal recuerdo.

A una señal de Ignacio los hombres cerrabamos el cuerpo energético. El cuarzo encendía las auras. Me costaba trabajo decir tezcatl para recuperar la verdadera escala.

Isabel, descendiente de Graniceros, ponía la muestra siguiendo los pasos necesarios, como en una danza. Su cuerpo de brasa iluminaba el crepúsculo. Heredera de reptiles extintos, acompañó la meditación su cascabeleo lejano. Se veía la diferencia entre los aspirantes y aquello que por derecho pertenecían a la estirpe chamánica. Ignacio lo sabía.

Sin ser iniciados estábamos allí, desafiando fuerzas desconocidas. Más allá de la mesa cada día y la cama cada noche, nos hemos negado a ser hogares errantes.

Cubiertos de arena, caminabamos hacia el oleaje al encuentro del reino primordial, como llamados desde el confín de un sueño. Abrir los ojos era descender una cortina para enfrentar la nebulosa sin horizonte. En el agua salada ahogamos desechos de lo que fuimos.

Nunca es explícito lo que se busca en esos viajes donde el ritual, la magia y lo desconocido se dan cita. Unos buscan acercarse a la naturaleza, salir de la rutina; otros, salvarse de la droga.

Para mí todo empezó en Tepetlixpa con Don Emeterio. Aquel curso de herbolaria me reveló las analogías entre ser y parecer. La forma de las plantas y

sus hojas, el colorido y el aroma de las flores correspondía a su vocación curativa. Un arte de afinidades secretas, más reales que cualquier taxonomía. Nadie dudaba que los tallos espinosos sirven para desgarrar las nubes y desatar la lluvia en la sequía. Don Emeterio lo demostró agitando un cactus con forma de cruz desde el patio trasero de su casa. Pronto se vino el aguacero.

Allí conocí a Ignacio, cuando trabajaba de guarura. ¿Qué hacía aquel sicario entre ramos de estafiate, ruda y árnica? (nada que ver con los graniceros iniciados por el rayo). Hablábamos de la visión que prefigura el acto, la bala que se adelanta a la mano. Ambos amábamos la aventura, las preguntas que surgen del entorno y sus órdenes tácitas que el cuerpo registra y cumple. Así nacieron los viajes rituales, donde arte y acción compartían el mismo espacio-tiempo. No existían jerarquías, pero Ignacio fue haciendo de la búsqueda su único camino. Así les pasa a los chamanes. Él no tuvo señal, pero yo creí en su destino desde el principio. Detrás de su pasado mercenario y el fetichismo de su atuendo se percibía una conexión con el nagual. Don Emeterio lo llamó a solas y le dio un collar de piedra verde. La fuerza de un designio revelado despertaba en mí cuando hacía sonar el caracol siguiendo el paso del chamán en ciernes. Había sido testigo de su transmutación. Seguía siendo un tipo duro, ahora más delgado y de mirada profunda. Alguien que tiene tratos con la muerte. Entre los pescadores que extendían sus redes en la orilla llamaba la atención su perfil maya y su tocado de quetzal.

Todo empezó jugando, pero ahora el camino imponía su ritmo.

Esa ansia de ensueño y libertad se volcaba en ceremonias de conciencia acrecentada. Velaciones, entierro del guerrero, retiros de silencio, pranayama.

Quienes compartimos una meta nos captamos sin palabras. Unos se habían hecho guardianes de los bastones de mando; varias mujeres aprendieron a encender el carbón; sólo dos o tres sonábamos los caracoles. Yo estoy sin estar del todo. Lo que me gusta es observar.

Me intriga saber si nuestro guía da el ancho. Mi relación con él oscila de la alianza al escepticismo. Busco la fractura, el truco, el simulacro, el vacío tras el personaje. Sé que es un chamán hechizo, como yo.

Cuando todos seamos desenmascarados tomará forma la presencia que me excita por las noches mientras el lucero mayor hiende en dos el mar.

Un temazcal en la playa es un invento.

Yo, testigo y oidor, me mantenía aislado para incidir en el desarrollo de los hechos. Pero en las noches otras fuerzas toman el control y nos llevan a regiones no deseadas. Se trataba de un juego de poder y ninguna presencia nocturna iba apartarme de mi experimento. Como decía Don Emeterio: para crecer en la magia no hay que pensar sino actuar, ejecutar el intento. Acechar a Ignacio era ponerlo a prueba, modelar con mi energía su proceso.

El nuevo día amaneció triste, íntimo. Todos vimos a Isabel desde temprano caminar por la playa, peinando con su vestido los excesos del norte veracruzano, como quien prepara el terreno.

Era la primera vez que una sahumadora acompañaba al grupo. ¿Qué buscaba?

Sin mirarla, como quien sabe manejar serpientes, Ignacio exaltaba su pericia con el copal y la obsidiana. Esos silencios hacían evidente el magnetismo entre ambos, pero él se salía del juego hablando de cualquier cosa. La demora preparaba la caída sobre la presa.

Observar define. Vigilar el cortejo contenido me hacía sentir protagonista oculto del azar. Espiaba cualquier movimiento. Quería medir si eran el uno para el otro, averiguar quién ganaría esa guerra debilitando la voluntad contraria. Al fin y al cabo en el amor de eso se trata. Una vez perfilado el desafío yo haría lo necesario. Un salto de mi deseo se cifraría en un impulso. Lo importante es cultivar la atención y saber dar el golpe.

La tarde señalada Isabel desplegó su trabajo impecable. La fogata en la playa era una esquirla en las fauces del leviatán. Ellos dos se creían solos y trabajaban cada quien en lo suyo.

Los pescadores traían leña en carretillas.

-¿Para calentar las piedras? - preguntaban. Se adivinaba en sus ojos la sospecha de que fuéramos satánicos. Nos miraron absortos mientras les explicamos lo que es el temazcal, esa agua quemada que sus abuelos veneraron.

Tras horas tenaces la flama había fundido el corazón basáltico. ¿Pero dónde alojar el alumbramiento, en qué gruta el vapor abriría su flor blanca? La playa horizontal negaba todo albergue. Isabel había cumplido su parte; Ahora Ignacio debía ser el mago capaz de trasponer las puertas que el viento dibujaba en ademán confuso. “Ábrete sésamo”, su danza de guerrero cimentaría columnas. El canto de los antiguos jefes tejería pieles de oso para aislar el vapor del baño milenario.

Si callara un momento la ventisca, si la arena irritante cesara de embrollar el pensamiento... –rogaba, de seguro, en sus adentros.

Desamparo y ausencia en la playa vacía. Imposible oponerse al absoluto abierto.

Isabel lo acompañaba en silencio: pronto llegarían todos a atestiguar el fracaso.

De golpe apareció la solución. Se dirigieron hacia una estructura desmantelada a ras de playa, un salón de baile en desuso, y allí una carpa medio rota. Se detuvieron como hipnotizados. El abrazo fue voraz, la morena despedía el calor de un cráter. Jaló una cinta y quedó desnuda. Desabrochándole la camisa untaba su aceite al cuerpo del macho que la levantaba en vilo y se erguía violento a penetrarla sobre una desvencijada barra de cantina.

Como atraídos por un imán llegaron con linternas los más activos de grupo. Siluetas intermitentes entre ráfagas nerviosas. Guardé los binoculares y me uní a ellos.

Jadeantes todavía, los encontramos. Entre varios sacaron la carpa. Se respiraba óxido y sexo en aquel tiradero. Alguien se me acercó; paso a paso frotaba su pierna caliente con la mía. No pude ver quién era; luego siguió su camino. Nos había contagiado la misma excitación sin rostro.

En un minuto más, la carpa raída se encajaba en la arena al recibir el peso de las lonas y mantas que trasladamos a escondidas desde el hotel como legión de hormigas.

La estructura improvisada parecía un animal a la intemperie, ovillado y tembloroso. ¿Herviría el agua de mar igual que el agua dulce? Tal vez fueran corrosivos el yodo y el vapor salobre.

Pero nadie duda a punto de trasponer la puerta.

Llegó la hora de poder.

Blanco sobre negro supuran deslumbrantes las heridas del mar nocturno, que se abren y cierran sin dejar rastro. El azar es binario. Todo y nada espejean en el fulgor preciso del instante.

Cesa el ajetreo. El fuego crece contra el oleaje. Cierro los ojos para alcanzar el silencio. De nuevo el contacto cálido como un roce de plumas. No quiero saber quién. Concentro el tacto en la caricia y el pensamiento se fuga tras una colmena intermitente. Comprendo que la piel es la frontera ante el escalofrío de la gran pregunta.

Me hice una fortaleza contra el erotismo que me hostigaba. Una pequeña concesión habría bastado para hacer el amor con una desconocida sobre la misma mesa donde ellos gozaron, mas toda repetición es débil. Sólo la negación es capaz de oponer su fuerza a la obviedad.

Sigo atisbando a Ignacio en un transcurrir sin tiempo. Su perfil se destaca entre el mar y la hoguera. Óseo, firme, nudoso, semeja un esqueleto de ave. Un pájaro prehistórico. El torso desaparece bajo la ropa negra calada en tiras. Los pies son garras afincadas en huellas movedizas. El cuello se revela, enrojecido y áspero, de ave carroñera. La nariz afilada es un gancho. Sorprendo al otro Ignacio, su nagual. Cancelo el parpadeo de otras secuencias y la suerte está echada.. Jaque mate. La visión se apodera de la noche.

En sueño lúcido inicio la salmodia del conjuro:

-Los buitres no cazan; beben sangre coagulada. Su presencia de espinas corona la muerte. En sus ojos se apaga toda alucinación.

La voz de Don Emeterio responde desde la sombra:

-Igual que el halcón, los carroñeros tienen garras y pico carnicero, vuelan alto. Nadie sabe por qué se condenan. Un día aprenderán.

-Pero ya es tarde –trato de sellar el desenlace.

-Es el miedo que sumerge sus cabezas calvas en la muerte ajena. Una noche se atreven a mirar de frente al águila. Entonces se liberan o se mueren.

Cuando el grito de Isabel acompañó la primera bocanada de vapor supe quién había vencido. El tajo de luz del águila derrotó a la vigilia usurpadora. La alquimia de convertir pudrición en carne viva sucumbía ante el eterno femenino. Me alegré de que Ignacio se quedara atrás y siguiera disponible para mi aprendizaje soterrado.

Con mayor intensidad me rapta la revelación chamánica. Sigue Don Emeterio:

-El nagual en la sombra es invencible. Todo lo ve el espejo de obsidiana.

En el desierto de su voz flota difuso un eco. Tezcatl, totalidad nocturna. Intento precisar imagen y sonido. Distingo un buitre en el espejo oscuro. Repite el movimiento con que trato de borrarlo. Al fondo vuelan un halcón y un águila. Son Ignacio e Isabel. Y yo ¿quién soy? Sigue el buitre duplicándome. Manan chorros de sangre de sus ojos. Una nube roja me ciega de dolor.

-¿Quién soy Don Lucio? Dígame por fin

- Serás tú cuando rompas el espejo. Acuérdate de Judas –sopló la voz que se extinguía- Quién como Dios, porque nadie es Dios.

LOCO DE GRACIA

Entramos a la iglesia y me dejó con la palabra en la boca. Lo vi avanzar por la nave lateral, donde una beata arreglaba los ramos; corriendo como un niño arrancó una azucena del florero y en un segundo estaba sobre el altar mayor.

Yo no podía creerlo.

Ascendió por el ciprés y bajo la pequeña cúpula que cubría la imagen de la Virgen se hincó a rezar. A contraluz era la viva imagen de Juan Diego.

Yo temía que saliera algún cura y se armara el escándalo.

Después de persignarse ceremoniosamente en la alturas, regresó como si nada.

En tono de broma le pregunté qué había encontrado arriba.

No pareció escucharme; justo antes de salir, extendiendo la mano, me dijo:

-Mira: los cabellos de la Virgen, ella misma me los dio.

EQUILIBRISTA

-Soy el andrógino; –pregona Ivette, ufana de esa cirugía del seno que parece robar a las mujeres la mitad del placer- al fin tengo el cuerpo que me corresponde.

Son frases que detienen el tiempo. Se dicen sin pensar y cada letra funde el bronce de la vida que entonces llora sus mejores lágrimas.

Sólo la mutilación ha podido conseguir que su imagen coincida con su ser.

Su torso ha conquistado la asimetría de lo incompleto; mitad izquierda que ostenta el fruto redondeado y nutricio, mitad derecha de amazona, sin que lo femenino interponga su volumen entre el arco y la flecha.

Conocí sus pechos en un viaje a Tepoztlán donde compartimos el cuarto. Blancos, de pezón discreto; boticellianos en contraste con su cuerpo óseo. Me sorprendió su madurez, porque la ropa recta de mi amiga los negaba.

Al salir del jacuzzi se empeñó en dibujarme con bilé un regio escote, que exhibía los amplios círculos encarnados, justo antes del botón inquieto. Se rió de mis cosméticos baratos; no podía creer que un glamoroso look se abasteciera en los tianguis.

Enjoyaba mi cuerpo, diseñando con sombras y rubor un pavo real magnífico. Enfatizó con una sábana mis opulentas caderas. El toque final fue un drapeado de cortina. Sólo tuve que acomodarme el pelo para ser en el espejo una Infanta de Velásquez.

En un cerrar de ojos irrumpió una silueta de terciopelo oscuro junto a la mía. Foto sin cámara, coincidimos. Enfundada en aquel traje de esgrima madame Ivette parecía un verdadero par de Francia. Rodilla en tierra comenzó a recitar de memoria los versos a la rosa de Ronsard. Fue la primera de sus acrobacias.

Así es siempre con ella. Ir y venir del disfraz al ensueño, para terminar caminando de puntas sobre el tablero cartesiano de una sensualidad conceptual. Conocedora de modas, buenos vinos, autos último modelo, viste sin sofisticación, no bebe, ni maneja.

¿Cual es la alquimia de sus invenciones?

Con una simple hoja de papel y un carboncillo, que inclina entre sus dedos larguísimos, de un solo trazo ondulante hace vivir odaliscas dignas de Matisse, caligrafía gótica, volutas de hachís y melenas nocturnas.

Un día le pedí que me hablara en francés. No tuve que insistir. Sostenemos extensos diálogos divergentes, porque yo le contesto en español, y no quiero que nadie me dé clases. Prefiero la precariedad de lo entrevisto a través de su voz en lugar de precisiones eruditas. Cuando leemos *Le bateau ivre* de Rimbaud brotan olas espumosas de esmeralda desde el verso que me empeño en descifrar.

Ivette no oculta sus affaires. Hombres y mujeres, los cuenta a la distancia justa del florete. Quien tiene mundo admite los perfumes intensos como el olor a orines que desde tiempo inmemorial inunda Francia. El amor es otra cosa.

En una fiesta, de la que nunca hablamos, le dije que su boca tiene un aroma viril y fresco de adolescente. Ella se concentró en confundir su aliento con el vino de mis labios. Bastaba un movimiento. No se dio.

Ella es el mimo que soñó Marcel Marceau: mitad izquierda de raso negro, solapa triangular y pantalón a plomo; mitad derecha desnuda y blanca bajo nylon tornasol. Rostro de yeso y ojos encendidos, hace una caravana y queda inmóvil, en espera del milagro.

En su mundo todo exceso se somete al prodigioso hilván de la pugna entre contrarios. La sutura es perfecta, pero ella no cesa de vigilar los bordes. Su danza es lenta mímica imposible por no pisar la raya. Los tendones se tensan, no hay lucidez que alcance a sostener el límite oscilante del trapecio.

Tiendo mi red sobre la inmensa pista.

-Nunca hay salto mortal – grita su antorcha pálida.

Sólo queda hacer trizas el misterio: Besarla en público, arrastrarla a los baños malolientes para frotar su sexo. Indefensa bajo mi amante en turno la haré que gima muy a su pesar y me estruje los dedos y me ofrende su orgasmo.

La quiero convencer de que no hay nada. Encima del amor está el instinto; debajo del disfraz el esqueleto; la trascendencia, solo un truco manoseado por Dios.

Intento provocar su única blasfemia, pero ella no me escucha, se recrea en su Narciso, su trasgresión de ángel.

- Al fin soy el andrógino – reitera, mientras por dentro la devora el cáncer.

LOFT

Como un barrido cinematográfico, la andanada del ferrocarril.

Fantasmas del maquinismo, millones de cajas laten inertes. Almacenes vapuleados, donde obreros astillaron sus huesos contra engranes voraces, conservan el aire siniestro de su origen. Como en los docks del Támesis, aún conspiran los cuervos.

Dinosaurios fabriles de andamios y escaleras, galerones despojados, guarida de artistas que empaparon en tinta los tórculos humanos del Body Art. Rodaron desnudos embadurnados de pintura dejando manchas inconexas. El virtuoso de paleta y pincel se convirtió en impresor del azar. Así caen del pedestal las academias.

Sexo colectivo, nudos y explosiones sobre las paredes, piernas y torsos confundidos hasta trabar el candado del placer, dejan rastros mecánicos. Ni jadeo ni violencia se traslucen. Las máquinas agotaron ese juego letal. El reto es destazar el caos como res. Sólo secreción y heridas cuentan. Se suceden los happening hasta el vómito y las riñas de autopsia en las vanguardias.

De tanto taladrarnos, el alarido Munch cayó en profunda meditación.

Blanco sobre blanco, la pestaña del zen calla el deseo.

Muerte a lo redundante.

A lo dramático.

Lo múltiple.

Lo contundente.

Muerte a la muerte.

Un tren de abasto respuntea la noche de Charlotte. La cama gira cada par de horas. El teléfono suena sin respuesta.

En calles desahuciadas dos autos se detienen. Bajo la luz de neón, un diálogo silente. Código táctil de insectos que intercambian paquetes de sustancias químicas.

Centinelas minuciosos, los ventanales de la parte vieja sobreviven al siglo XIX en sus masivos prismas de ladrillo. El bosque sureño enmascara la ciudad. Guirnaldas rosa pálido, brotes verde manzana condensan en los dogwoods su cúpula de mariposas. Florecimiento de madera laminada. Brillos de carey lentejuelean al viento.

Un chasquido de cables se esconde en el insomnio. Óleos, thinner y sopletes de knock out abarrotan la tramoya.

¿Qué inflexiones espejea el cubo de Rubik? Permutación aleatoria por recorrer escalas sin jerarquía, iterando el delirio hasta lo amorfo. Los módulos se devoran irreversibles, perforándose en todas direcciones, hasta dejar en pie una estructura de paredes huecas que un puño puede convertir en polvo. La clave es no perturbar el estado inicial, el punto de reposo.

Cada dos horas el borrón del tren. Al azar se desata el repiqueteo del teléfono. La cama giratoria sigue intacta, presente que nadie abre.

Quienes reposan lacran sus oídos con tapones de vinilo; salen a la universidad o la oficina sin abrir persianas. Ni un café en la cocina high tech.

En cada célula habita una persona. Por breves lapsos se juntan en parejas. Esporádicamente coinciden varios en un ambiente. Fuman, aspiran, retornan a su celda.

En el vacío una taza de café es una mosca muerta sobre la sábana. Los hábitos se vuelven evidentes. Es un gesto el más leve movimiento.

En el loft del quinto piso suena el teléfono una vez más. A los cuatro timbres la grabadora se echa a andar. Primero un silencio, respiración contenida, ansiedad escrutadora que mira sin ver. El zumbido, el rumor destemplado de los ductos, nadie. Una voz matronal, madrileña, finge autoridad para impresionar a la hija ausente. Detrás de la impostación un temblor delata su impotencia.

-¿Estás allí, mi niña? (cerca del auricular vibra una copa junto a la botella de vino clausurado) Vaya por Dios; está visto que nunca la acierto. Pero ya podrías llamar alguna vez. (un vaho lejano empaña la cocina de acero inoxidable) Porque vamos, no hay derecho. Sea la hora que sea yo estoy aquí, de día y de noche como un clavo, al lado de tu padre que no come ni duerme. Dicen los médicos que

se ha estabilizado, pero qué va. La Virgen de los Remedios nos ayude a capotear los achuchones de esta maldición... Disculpa, no es que lllore. Adiós.

Al grabarse, el monólogo fluye sin obstáculos; la onda se extingue contra los escasos muebles: sillas angulosas de aluminio, anaqueles tubulares y mesas de cristal. Todo desarmable y convertible. A un metro del piso, el plano de trabajo es una pista por la que se deslizan los objetos. Rampas y peldaños escalan tuberías de donde cuelgan escritura oriental y móviles de Calder.

Como un chorro de agua a presión la llamada insistente rastrea un bloque pétreo que socavar y sólo hunde el barreno en aire transparente.

Por las tardes, la grabadora bloquea el chantaje moral. Se minimiza la ceremonia del the, con cero calorías, en dosis sanitizadas. "Caliente el agua"... Introduzca al microondas dos minutos y ya está". El rito es pérdida de tiempo.

El aislado quehacer intelectual se acompaña a lo lejos por la ciudad que asoma tras cristales. La verticalidad impone sus siluetas. El loft ha cancelado los techos aplastantes. Al interior han desaparecido pasillos y puertas.

La movilidad vuelve todo soportable. En la misma mesa se come o se trabaja sin que las actividades cobren demasiada importancia; son permutables. Sillas rodantes centran el pensamiento en cualquier punto, ajeno al teléfono y su amenaza latente. Pero una tarde cualquiera la tecla del sonido queda activada y la temida voz pega en el blanco. Presa de migraña la hija yace en cama, única referencia inalterable; forrada hasta el piso como un paquete de lino tiene algo de hospital. El lecho nos contiene, módulo espacial del cuerpo. Kuitca y sus escenarios desolados.

Incapaz de levantarse, Rocío alcanza los tapones y aleja la resonancia. Las palabras se incrustan en su cuerpo y tiene que arrancarlas. Clavos y banderillas que se desparraman al pie del lecho como un montón de cucarachas muertas.

-Vaya que lo traigo andado. Seguimos jugando al gato y al ratón. Si no fuera porque el pobre Ignacio insiste tanto en verte... Te queremos en Madrid sí o sí ahora por la Pascua. Te mandaré unas pesetas, quiero decir unos euros -con tanto cambio una no acaba de acostumbrarse- lo serio es que a tu padre la quimio lo ha puesto muy mal. Vamos, que no sé si llegue a Navidades.

Los acentos rebotan, canicas que aceleran su percusión aguda escaleras abajo. Las ondas emotivas desplazan su red tenue. Se detienen frente al nicho del retrato, escondido en un ángulo del vestidor.

La voz se reconoce en aquella madre joven de hace treinta años, con la niña en brazos, escoltada de abuelos y parientes. De casaca informal, el marido distante subraya otros ideales con la pipa en los labios y mirada lejana, como si supiera que aquel año moriría el Generalísimo y España simularía un vuelco sin retorno. Superada la represión cotidiana la brecha generacional se convirtió en abismo. Una señora nacida en los cuarenta no entendía que la hija quisiera independizarse, estudiar en Estados Unidos y no pensara en el matrimonio. Tarde había comprendido los reparos de los viejos. Lo que consideró una pose del marido idealista salió a flote en los anhelos de Rocío, que a los veintidós ganó una beca para estudiar en el extranjero y cruzó el mar hacia las Carolinas, pasando por encima de la oposición familiar.

El único feliz era su padre, concluyó la reflexión materna. Lástima que le durara tan poco la alegría.

-Te llamaré mañana, y las veces que sea necesario hasta que me contestes. Si Santa Mónica, con sus lágrimas, pudo taladrar la roca, algo lograré yo que también soy madre, coño...

La voz recoge sus anzuelos y regresa al piso de La Castellana donde un par de caballos, pieza maestra en porcelana de Lladró, levantan encabritados las patas delanteras, como si frenaran de súbito ante un acantilado. Así se sentía ella, tan lejos de la hija, ya inalcanzable, inmersa en algo más que el american way of life, cuyos lujos eran sustituidos por un extraño despojo. Un despojo que nadie en España entendería. Suspende la contemplación de los aerodinámicos corceles y nota que la plata necesita limpieza.

El loft al otro lado del océano acumula papeles, listas de asistencia, exámenes por calificar. Corre algún DVD como imagen de fondo y un teclado reinicia la grabación para interrumpir de golpe la intromisión lacrimosa y pasar a las citas de trabajo, pagos pendientes y las eternas invitaciones de cumpleaños en espanglish. Colombianas, chicanas, puertorriqueñas y españolas, todas "hispanas" en busca

de colocarse: obtener la residencia mediante un matrimonio sin afinidad o conseguir la codiciada plaza de trabajo en un ambiente de soterrada discriminación. Muchas ya no pueden hablar con fluidez ni en inglés ni en español; las palabras dejaron de ser suyas.

Mejor seguir al margen, estar sin estar, ratifica Rocío. Ser profesora asistente le da para el alquiler y los contados muebles. Lo importante es huir de ese Madrid anquilosado en mantillas y goyescas tras un maquillaje de modernidad. Lo indispensable es acudir todas las noches al otro loft, en el primer piso, donde se desvanece lo insulso de los días.

Termina la última emisión del noticiario con los horrores del medio oriente y la retórica intervencionista del imperio. La profesora de letras hispánicas ya no escucha al locutor. La zozobra hace temblar sus manos. Pulsa botones, abre y cierra llaves. Su prisa apunta hacia el cubo de aire negro, casi irrespirable, que aguarda cuatro pisos más abajo, como un imán a contracara de la luz. Su proximidad en el mismo edificio basta para desbocarle los latidos. Habían bastado tres meses para que el performance nocturno se convirtiera en núcleo de su vida. Desde entonces suspendió todo contacto con la madre y limitó al mínimo su comunicación con amigas de la universidad.

A partir de las diez de la noche se inicia el verdadero ulular del tren. En su imaginación literaria los vagones nocturnos ya no transportan mercancías aburridas para el mall, sino ataúdes con vampiros aletargados, en espera de luna llena.

Hora de prepararse para el show. Cerca del vestidor, ante el escándalo de la foto familiar, una maleta de lencería negra deja salir finísimas correas y recortados triángulos sedosos. Bondage y joyería corporal. Dildos y vibradores. Esbelta y pálida modela ante el espejo atuendos de sex shopp en las poses más sensuales. La nube de perfume esparce una atmósfera de maderas finas. Nuevamente jeans y saco masculino para fingir seriedad académica. Los lentes disimulan el frenesí de la mirada pendular, incapaz de fijarse. Reducido al desempeño diurno, el loft del piso cinco se cierra noche a noche como esfera de mercurio, expulsando a su única habitante.

El trayecto al primer piso por puentes y elevadores es un laberinto de Escher que desemboca en la densidad del espacio clandestino, donde los habitantes solitarios consiguen la necesaria dosis de evasión.

De entrada, la brusquedad del gringo pelirrojo, que a jalones la despoja del disfraz de profesora, a cambio de dejarla aspirar, con un billete enrollado de cien dólares, la generosa línea que duplica entre sus manos el espejo.

Con ademanes militares le coloca un antifaz ciego y amarra un walkman al resorte de su tanga, al tiempo que le ajusta los audífonos. Sólo para ella suena el cante jondo. Baila por sevillanas como en la infancia, cuando su padre palmeaba embelesado. Esperpéntica ejecuta castañuelas invisibles y menudea un taconeo mudo. En vez de agitar un vestido de olanes, balancea frenética por encima del pubis el arco fino de una cadena.

No puede ver ni oír; sólo el tacto le revela proyecciones solitarias, autistas, de los psiconautas. Ella recrea en los roces a su madre joven que ensayaba de niña con ella ante la complacencia de los abuelos. Brazos curvados en lo alto, cruce en el centro y vuelta, así despacio, con cadencia, como toreando. Alguien le avienta puños de botana chatarra, otro le pone un plato por sombrero. Ella se siente coronada, ungida.

Ciertos días la función se reduce a recostarse desnuda y ciega sobre el diván danés. Los autómatas escriben en su cuerpo y ella recibe los mensajes como terapia de acupuntura; pintan paisajes húmedos que la llevan al mar, jadean, eyaculan y ella se asoma al cráter donde espejean sus más puros recuerdos.

Cada amanecer sube ojerosa hasta el espacio diurno del quinto piso. Sobre la alfombra cada mañana las pisadas son más leves. El refrigerador sólo conserva un frasco de agua, algunas aceitunas marinadas y un pequeño paquete de café molido express. Con pavor a que suene el teléfono, se apresura. Va directo a la ducha, toma los papeles de las clases y sale justo antes de la primera llamada.

El desplante de lo exiguo contrasta con la voz que inunda el día en angustia creciente.

-Otra vez la máquina endiablada. Has conseguido preocuparme. (Un eco de la Calas se enreda por los tallos del florero de cristal) Si no quieres hablarme te

dejaré uno de esos dichosos mails que me dio tu prima. (Los cuchillos templados rechinan los dientes) Sois tan extraños tu padre y tú. Odio ese silencio empecinado. Si él te llamara sería distinto, pero no lo hará, sabes. Es demasiado orgulloso y tiene cada vez menos energía. (Estocada mortal al centro del edredón blanco).

La primavera había estallado como una epidemia, pero el espejo del baño matutino refleja una figura cada vez más escuálida con clavícula y hombros prominentes. Sólo el triángulo oscuro y los pezones que parecen brotar de las costillas delatan el sexo de la que cada tarde se prueba atuendos sado masoquistas antes de sellar el portazo nocturno.

La llamada puntual, cada vez más frecuente, es ahora silenciosa. La voz se había cansado de ir a parar adentro del retrato que conocía como la palma de su mano. Para qué reiterar el matrimonio erróneo con un anarquista, que una vez muerto Franco dio rienda suelta a sus delirios, contagiando a su única hija. Mentira que la niña tuviera vocación intelectual, –seguía el monólogo sin sonido- lo que pasa es que siempre me ha rechazado para identificarse con el padre, que justifica su falta de éxito en una crítica pasiva, más parecida al ensueño de un escritor flemático, que por otra parte nunca escribe.

Cesan las reflexiones. Mejor aprovechar el tiempo de grabación; afinar la atención para leer alguna pista. El altero de exámenes sin revisar, el refrigerador vacío. La cama impecable denuncia que nadie ha dormido allí en semanas.

La indagación sin palabras se volvió obsesiva. De un modo inexplicable la madre conocía palmo a palmo el habitat de la hija. A contrapunto con la ráfaga del tren se sucedían las extensas pausas que agotaban a diario la capacidad del buzón telefónico.

En los días que siguieron, los posters dieron noticia del próximo Congreso de Literatura Hispánica en la Universidad de Charlotte.

La mañana de la inauguración una voz respondió la ansiosa llamada.

-Soy una profesora uruguaya. Me estoy quedando en su departamento. Ella está bien, pero sale muy temprano. No sé, señora yo me duermo antes de que llegue y cuando me levanto su hija ya no está.

Fueron tres días de locura, la grabadora se saturó de mensajes no escuchados. Ponentes que no asistirían, invitados especiales, cambios de horario y hospedaje. No hubo más espacio para la pausa inquisidora.

La noche de clausura se corrió la voz de una reunión especial en el loft del primer piso. De los ponentes asistieron los más audaces. El gringo joven y nervudo abrió la puerta. Aquello no era aire, sino la noche en bloque. Al fondo del cubo negro se recortaba nítido un cono de luz roja. El otro polo de la mirada era una especie de pecera iridiscente; un televisor con pantalla gigante, donde corría hipnótico un video de peces tridimensionales.

La yerba era de calidad, y fumarla en aquel aparato a través de borbotones líquidos potenciaba su efecto, lento y continuo como la música de Philip Glass que parecía fugarse con el humo. Sólo para iniciados, pensó la uruguaya. Según lo que se curta, yo me borro. Pero no, la canavis era suave. Sólo una españolita conservadora quedó fuera del círculo y era muy cómica su insistencia: “Voy a poner otra música, para que se animen a bailar”.

La verdadera danza surgía del océano virtual. Peces brillantes como joyas entraban y salían de arrecifes que de pronto eran esponjas, rostros, nubes. Más que nadar reptaban en circunvoluciones de color. El joven pelirrojo no se sentaba con el grupo y parecía mover los hilos a su antojo. Desvaída como un espejo ciego lo seguía su special friend.

-Le urge otra pareja, este tipo la está consumiendo- decían con la mirada sus amigas.

Con los muebles de cuero pegados a las paredes la ronda entre los profesores comenzó en torno a la literatura, como es obvio. Alguien dijo:

-En España todo es coño.

-Desde El Cantar de Mío Cid. “Maté a tu padre Jimena ... coño”

-O aquello de “Sancho, con el coño hemos topado”.

-Y para rematar el Siglo de Oro “Y los coños, coños son”

Recalcitrantes los hispanos. Carcajada al unísono.

El colombiano que se cree poeta proyecta con su aura una silueta de murciélago. Su duende es torpe, débil mental. A contrasombra los homosexuales

latinos dejan aflorar del closet la palidez estéril de su signo. En la pantalla los peces se mutilan unos a otros sin perder la armonía de su ballet.

Al centro del espacio, como un icono de posmodernidad, aguarda el diván de aluminio y cuero negro, donde se puede fingir cualquier historia, edificar el delirio más absurdo o invocar el tormento más sofisticado.

Atraída por la fatalidad de un ritual muchas noches perpetrado la figura anoréxica se flexiona siguiendo el diseño del diván escandinavo.

Una de las profesoras recién promovidas en la Universidad le da un codazo al doctor español, un cuarentón bien plantado. Como príncipe de cuento se acerca a la bella durmiente y comienza a acariciarle el pelo. Suavemente comienza a deslizar las manos por los pechos. El gringo pelirrojo se aproxima y sin mirar al otro mete las manos bajo la falda de la mujer tenue que yace sin mover un músculo.

Todos miran de reojo la escena y nadie hace comentarios. Flota en el aire la fascinación del total abandono. Quién se atreviera a soltar amarras y dejarse ir en ese limbo sin tensiones; qué descanso abandonar toda defensa y ser completamente disponible, un paréntesis vacío capaz de provocar lo inaudito para ser llenado. Pero no es fácil. Hace falta valor, sustancias duras. Nada que ver con aquel juego de principiantes que coqueteaban tímidos al umbral sin retorno.

Sin la menor rivalidad los dos hombres siguen palpando el cuerpo ido. Las manos parecen ratas corriendo bajo la tela. Ya no es juego sexual sino complicidad perversa. La escena recuerda a los soldados que despojan de sus valores al enemigo muerto. De pronto el doctor español se concentra en la mascada roja que rodea el cuello de Rocío y la amarra a un tubo del diván. En tanto el gringo juega con sus arracadas jalándolas cada vez más fuerte, sin obtener reacción.

Cuando el manoseo está a punto de virar a la violencia se interrumpe el estudio a cuatro manos. El gringo se incorpora. Queda inmóvil de espaldas al fresco ventanal. El doctor regresa a las caricias tiernas.

Movido por un resorte el resto del grupo se levanta y sin saber por qué comienzan a dar vueltas, inscribiendo en un círculo a la protagonista. Santidad y blasfemia.

Alguien inicia la ruptura del trance y va hacia la cocina por un trago de tequila. Uno tras otro hacen lo mismo, incluso el doctor, que tardó un poco más en aterrizar.

Sin protocolo se despiden.

Custodiando la urna sin cristales queda el gringo, cuyos derechos nadie pone en duda.

Cuando la huésped uruguaya sube al quinto piso, mezclado al habitual fragor del tren, escucha, cada vez más cercano, un aullido de ambulancia que subraya el histérico SOS del teléfono.